

Morelos, El machete de la Nación.

**Vicente Riva Palacio, Eduardo
E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y
Guillermo Prieto**

Esta es una publicación de la **Delegación Iztapalapa**
y **Para Leer en Libertad AC.**

desarrollo social@iztapalapa.gob.mx
desarrollo educativo@iztapalapa.gob.mx
www.iztapalapa .gob.mx

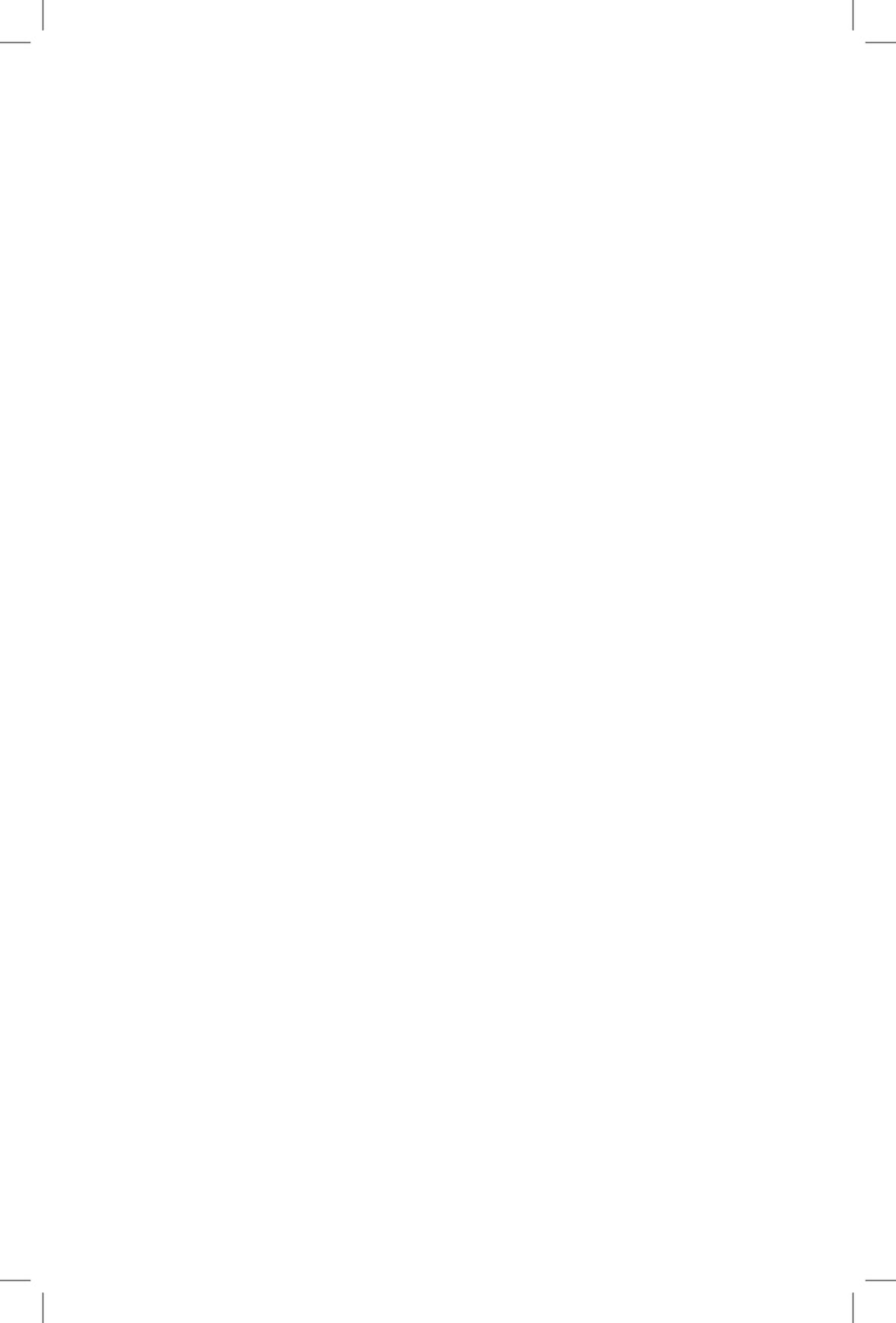
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Artículo 38: Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Esta prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en el Distrito Federal, será sancionado de acuerdo con la ley aplicable ante la autoridad competente. Cualquier anomalía denúnciela a la Contraloría Interna en Iztapalapa al Tel: 54 45 11 51 y/o en la Contraloría General a Honestel: 50 62 22 22

© Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y
Guillermo Prieto.

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero





La generación de la Reforma escribió muchísimos textos sobre la guerra de Independencia. Era para ellos el referente histórico obligado. La solidez del movimiento de Hidalgo, Morelos, Mina, Guerrero, es el punto de partida para la reconstrucción de un nacionalismo repleto de contenidos sociales. Estos textos son una buena muestra.



Morelos

Vicente Riva Palacio

I. El viajero

Era uno de los primeros días del mes de octubre de 1810. El sol descendía lentamente en el horizonte, y sus rayos ardientes bañaban el bosque de ciruelos entre el cual se levantan el humilde templo y las pobres y dispersas casitas que forman el pequeño pueblo de Nucupétaro.

Nucupétaro está situado en el sur del estado de Michoacán, en medio de esa inmensa cadena de montañas que no termina sino hasta las costas del Pacífico.

El pueblo está en medio de un bosque de árboles de ciruela; pero allí el calor excesivo hace a la tierra árida y triste, un sol abrasador seca las plantas, y apenas unos cuantos días, cuando las lluvias caen a torrentes, los campos se visten de verdura, y los árboles se cubren de hojas; después los árboles no son sino esqueletos, y las llanuras y los montes presentan un aspecto tristísimo.

En octubre, pues, la naturaleza no se ostentaba allí con sus encantos, un viento abrasador levantaba en las cañadas nubecillas de polvo, y el cielo, sin una sola nube, parecía velarse con una gasa que daba a su fondo azulado un tinte melancólico.

Morelos, El machete de la Nación.

Delante de las casitas del pueblo, y a la sombra de un cobertizo de palma, se mecía indolentemente un hombre, sentado en una hamaca.

Aquel hombre parecía estar en todo el vigor de su juventud; era de una estatura menos que mediana, pero lleno de carnes; moreno, sus negras y pobladas cejas tenían un fruncimiento tenaz, como indicando que aquel hombre tenía profundas y continuas meditaciones, y en sus ojos oscuros brillaba el rayo de la inteligencia.

El vestido de aquel hombre, de lienzo blanco, era semejante al que usaban los labradores de aquellos rumbos: un ancho calzón y una “campana”, que es una especie de blusa.

Tenía entre las manos un libro, y sin embargo no leía, meditaba, porque su mirada vaga se perdía en el espacio.

De repente le sacó de su distracción el ruido de una cabalgadura; volvió el rostro; y casi al mismo tiempo se detuvo cerca de allí un anciano que llegaba caballero en una magnífica mula prieta.

—Buenas tardes dé Dios a su merced, señor cura —dijo el recién llegado.

—Muy buenas tardes —contestó el de la hamaca levantándose y dirigiéndose al encuentro de su interlocutor. —¿Qué viento nos trae por aquí al señor don Rafael Guedea?

—Aquí vengo de dar una vuelta por Tacámbaro, y a ver si me da posada esta noche su merced.

—Con todo mi gusto —contestó el cura. —Mándese usted apear.

—Vaya, Dios se lo pague al señor cura Morelos.

Don Rafael entregó su mula a los criados que le acompañaban, se quitó las espuelas y el paño de sol, y abrazando al cura con grande efusión, se entró a sentar con él debajo del cobertizo.

II. Grandes noticias

—¿Y qué deja de nuevo mi señor don Rafael por esos mundos? —preguntó el cura.

—¡Cómo! —exclamó el otro—, ¿pues aún no sabe su merced las novedades?

—No. ¿Hay algo nuevo?

—Mucho, y muy grave.

—Cuénteme usted, cuénteme usted.

—Pues, ¿recuerda su merced al señor bachiller don Miguel Hidalgo, que estaba en Valladolid en el colegio de...

—Sí, sí, y mucho; ¿le ha sucedido algo?

—¡Pues no diga nada! Está su merced para saber, que se ha levantado.

—¿Levantado?

—Levantado contra el virrey y contra los gachupines.

—Pero, ¿es cierto?, ¿es cosa de importancia?

—preguntó Morelos, pudiendo contener apenas su emoción.

Morelos, El machete de la Nación.

—Tan cierto, que toda la gente de tierra fría anda ya revuelta; no se dice más, ni se habla de otra cosa sino del señor Hidalgo, que quiere libertar a la América, y que tan grave es el negocio, que el 16 de septiembre amaneció ya levantado el señor cura que era de Dolores, y el día 28 había tomado ya Guanajuato, que dicen que hubo mucha mortandad, y que estará ya muy cerca de Valladolid: cuentan, y es seguro, que trae muchísima tropa, y los gachupines están huyendo y cerrando los comercios y dejando sus haciendas; en fin, no sé cómo vuestra merced no sabe nada, porque la novedad es muy grande, y el señor Hidalgo tiene por todas partes muchos que lo aclaman y lo requieren.

Morelos había seguido la narración de su amigo sin perder una sola palabra; sus ojos se abrían desmesuradamente, su rostro se coloreaba, el sudor inundaba su frente, y su pecho se agitaba como si estuviera fatigado por una lucha.

Por fin, cuando Guedea terminó su relación, Morelos no pudo ya contenerse; levantóse trémulo, dejó caer el libro que tenía en las manos, y alzando los brazos y los ojos al cielo, exclamó con un acento profundamente conmovido, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus tostadas mejillas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡bendito sea tu nombre!

Después, dejándose caer en la hamaca, apoyó su rostro sobre las palmas de las manos, y parecía que sollozaba en silencio.

Don Rafael Guedea, enternecido también, contemplaba respetuosamente a Morelos, sin atreverse a dirigirle una sola palabra.

Sin duda el viejo hacendado comprendía el choque terrible que debía haber sufrido aquel gran corazón al saber que ya tenía una patria por la que podía sacrificarse.

Morelos se había sentido mexicano por primera vez; el paria, el esclavo, el colono, escuchaba el grito de independencia.

Aquel placer era capaz de causar la muerte.

III. El guerrillero

Pocos días después de esta conversación, Hidalgo, con el ejército independiente, salta de Charo (inmediaciones de Valladolid) para dar la célebre batalla de Las Cruces, y al mismo tiempo, aunque con opuesta dirección, se desprendía de allí don José María Morelos.

Morelos iba a emprender la campaña por el sur, y por todo elemento para acometer tan aventurada empresa, el señor Hidalgo había dado al cura de Carácuaro un papel con la siguiente orden, firmada también por Allende:

“Por el presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente, el bachiller don José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en las costas del sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado.”

Morelos, El machete de la Nación.

En manos de un hombre vulgar, aquella autorización quizá no hubiera servido ni para levantar una guerrilla; pero Morelos era un genio.

Sobre aquellas cuantas líneas trazadas en un papel, Morelos iba a fundar una reputación gigantesca; aquella orden era para él la vara mágica con la que iba a levantar ejércitos, a fundir cañones, a dar batallas, a tomar plazas, a formidar por fin a los virreyes y al monarca español.

Durante el camino hasta llegar a su curato, Morelos marchó solo, pero su imaginación le presentaba por donde quiera divisiones en marcha, batallones en movimiento, cargas de caballería, asaltos, combates, escaramuzas, todo el cuadro, en fin, de la terrible campaña que iba a emprender.

Morelos llegó a Carácuaro, y allí reunió 25 hombres mal armados, y comenzó su carrera militar.

Conforme a las instrucciones del señor Hidalgo, se dirigió a las costas del sur.

Saliendo de Carácuaro, llegó a Churumuco, pasó el gran río de Zacatula por las balsas, llegó a Coahuayutla, tomó el camino de Acapulco, siguiendo desde allí toda la costa.

Por último, dos meses después de haberse puesto en campaña con 25 hombres, Morelos contaba ya con dos mil infantes, gran número de jinetes, cinco cañones y considerable cantidad de pertrechos de guerra. Casi todo el armamento y todo el parque habían sido quitados al enemigo.

IV. El caudillo

Desde esa época, Morelos fue el caudillo prominente en la guerra de Independencia.

Vencedor unas veces, vencido otras, pero siempre constante, valeroso, inteligente, el humilde cura de Carácuaro era un héroe.

Por todas partes se hacía sentir su poderoso influjo; por todas partes, a su nombre, se levantaban partidas, se organizaban tropas y se daban combates.

Y no se contentaba sólo con defender su causa por medio de las armas, sino que sostenía constantemente difíciles polémicas con los curas y las principales personas del clero, que valiéndose de la religión, pretendían apartar al señor Morelos del camino que se había trazado.

La historia de las campanas del héroe, es la historia de todas las poblaciones, de todos los bosques, de todas las llanuras del sur de nuestra patria, y sus recuerdos viven imperecederos en todos esos lugares.

Pero el apogeo de la gloria de aquel grande hombre está en el sitio de Cuautla.

Reducido Morelos a defenderse en esa ciudad, que hoy lleva con orgullo el nombre del ilustre caudillo, dio pruebas de la grandeza de su genio.

Una ciudad pequeña en una llanura, abierta por todos lados, con unas fortificaciones hechas de prisa y sumamente ligeras: ésta era su posición.

Morelos, El machete de la Nación.

Un ejército bisoño, casi desnudo, con malas armas, con pocas municiones, y constando de un reducido número: estos eran sus elementos de defensa.

Félix María Calleja, el vencedor de Aculco, de Guanajuato y de Calderón, seguido de un numeroso ejército bien armado, perfectamente disciplinado, orgulloso con sus victorias, provisto de abundantes víveres y municiones, y constantemente reforzado: esto representaba el ataque.

Y sin embargo, Morelos resistió sesenta y dos días, y aquel sitio mereció con razón el renombre del famoso.

Viéronse allí episodios de valor inauditos para impedir que los sitiadores cortaran el agua; los sitiados hicieron prodigios, y vivieron los que custodiaban la toma, bajo una constante lluvia de proyectiles.

Por fin la situación se hizo desesperada; el hambre obligó a los insurgentes a tomar una resolución extrema, y la noche del 2 de mayo de 1812, el señor Morelos salió de la plaza, atravesó con su pequeño ejército la línea de circunvalación, abriéndose paso a viva fuerza, y aunque sufriendo grandes pérdidas, y libre ya de aquel peligro volvió a ser el alma inteligente y guerrera de la lucha de independencia.

V. El mártir

La suerte abandonó por fin a Morelos, y en la acción de Texmalaca (5 de noviembre de 1815) cayó prisionero en manos del general español Concha. El martirio debía coronar aquella vida llena de gloria, y Morelos marchó al patíbulo lleno de valor.

La Inquisición, el clero, el virrey, la Audiencia, todos quisieron tener parte en el sacrificio, todos quisieron herir a su víctima, todos hicieron gala de su crueldad con aquel hombre que los había hecho temblar, y a cuyo solo recuerdo palidecían.

Semejantes a una jauría hambrienta que se arroja ladrando y furiosa sobre un león herido, así aquellos hombres organizaron su justicia contra el pobre prisionero de Texmalaca.

La Inquisición le declaró hereje, el clero le degradó del carácter sacerdotal, la Audiencia le condenó por traidor al rey, y el virrey se encargó de la ejecución.

Y el hereje, el traidor, el mal sacerdote, el ajusticiado, era, sin embargo, un héroe, un caudillo en la más santa y más noble de las luchas; era, sin fin, “el hombre más extraordinario que produjo la guerra de Independencia de México” (Alamán).

Morelos fue fusilado en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815.

Cuando la sangre de aquel noble mártir regó la tierra, cuando su cuerpo acribillado por las balas dejó escapar el grande espíritu que durante cin-

Morelos, El machete de la Nación.

cuenta años le había animado, entonces pasó una cosa extraña que la ciencia aún no explica satisfactoriamente.

Las aguas del lago, tan puras y tan serenas siempre, comenzaron a encrespase y a crecer, y sin que el huracán cruzase sobre ellas, y sin que la tormenta cubriera con sus pardas alas el cielo, aquellas aguas se levantaron y cubrieron las playas por el lado de San Cristóbal y avanzaron y avanzaron hasta llegar al lugar del suplicio.

Lavaron la sangre del mártir y volvieron majestuosamente a su antiguo curso.

Ni antes ni después se ha observado semejante fenómeno. ¡Allí estaba la mano de Dios!

El barrigón

Eduardo E. Zárate

Durante la épica guerra de la Independencia, el señor Morelos recibió una carta suscrita por un amigo suyo residente en esta capital y concebida, poco más o menos, en estos términos:

“Sé, de buena fuente, que el virrey ha pagado a un asesino para que lo mate a usted; no puedo darle más señas de ese hombre, sino que es muy barrigón...”

Estaba almorzando el héroe cuando recibió esa carta, leyóla atentamente, plegó sus espesas cejas, y en esos momentos se le presentó un individuo de abultado abdomen, solicitando que lo admitiese a su lado para prestar sus servicios en pro de la causa nacional; sonriente el señor Morelos, hizo que el huésped se colocara a su diestra, compartió con él su frugal almuerzo; salió, concluido éste, a recorrer el campamento; volvió a la hora de la cena; hizo llamar al forastero, tornó a colocarlo a su derecha, y, levantados los manteles, fuese a acostar, habiendo hecho colocar antes otra cama junto a la suya y ofreciósele al forastero; en seguida apagó tranquilamente la luz, se volvió del lado de la pared y echóse a roncar con la tranquilidad del justo. Espantado ante tanta serenidad el asesino, que, realmente iba a seda, no se atrevió a perpetrar su crimen y, furtivamente, se fugó... Al clarear el día, incorporóse en su lecho el

Morelos, El machete de la Nación.

señor Morelos, volvió su vista al que cercano estaba y, no viéndolo ocupado, preguntó a su asistente:

—¿Qué es del señor que anoche durmió aquí?

—Señor —le contestó el soldado—, dicen que esta madrugada, muy temprano, ensilló su caballo, montó y se fue.

El *generalísimo* pidió recado de escribir y, con su letra gorda, clara y firme, contestó a su amigo:

—Le doy mil gracias por su aviso, pero puedo asegurarle que a esta hora no hay en este campamento más barrigón que yo.

El “brazo derecho” de Morelos

Vicente Riva Palacio

I

En el sur del rico y hermoso estado de Michoacán, y al pie de un anfiteatro irregular, formado por las montañas, está situada la hacienda de Puruarán.

Allí la vegetación es espléndida: anchos y dilatados valles cubiertos de caña; gigantescas parotas, zirandas, que nacen y crecen al lado de las palmeras y que enlazan en ellas sus nudosos troncos, semejantes a los nervudos brazos de un gladiador, y que terminan por ahogarlas y levantarlas, desarraigándolas de la tierra; copados tamarindos entre cuyas ramas habitan numerosas tribus de aves canoras; voluptuosos plátanos cuyas hojas de raso ondulan crujendo con el aura de la tarde, y entretejiéndose por todas partes las lianas que forman caprichosos columpios, cubiertos de flores y de verdura.

Allí los arroyos cruzan entre alfombras esmaltadas, o se desprenden sobre peñascos tapizados de musgo, y cuando soplan las brisas, todo tiene un murmullo, un suspiro, un rumor, árboles, lianas, flores, arroyos, cascadas.

Y sobre este paisaje encantador, un cielo purísimo, con ese azul sereno que cantan los poetas, y que los pintores fingen en sus cuadros de gloria.

Morelos, El machete de la Nación.

El sol ardiente de la zona tórrida arroja sobre aquella exuberante naturaleza torrentes de fuego y de luz, y todo germina y todo se vivifica, y cada hoja cubre un insecto, y cada peña oculta un reptil, y cada rama guarda un nido, y cada gruta guarece un ser animado.

De aquellos bosques, durante el día sale un concierto, y cuando la noche tiende sus negras sombras, reina por un instante el silencio, y luego los cantores del día desaparecen, el bosque se ilumina de nuevo, ya no con la luz del sol, sino con la fantástica de millones de insectos luminosos que suben y bajan, y cruzan y giran en continuo movimiento, y entonces en aquella misma selva, nuevos cantores con distintas armonías, dulces como las del día, pero más melancólicas y misteriosas, levantan un himno.

Allí la naturaleza canta a Dios eternamente.

En medio de este paisaje está Puruarán, rica hacienda de caña.

La entrada de la casa habitación y de las oficinas de la hacienda mira hacia el norte.

Por el frente de la hacienda pasa el agua sobre un elevado acueducto sostenido por garbosos arcos.

Al pie del acueducto y a los lados de la casa, se miran las habitaciones de los trabajadores y dependientes, casi todas formadas de adobe con humildes techos de paja.

II. Era el 5 de enero de 1814

El ejército independiente, derrotado en las inmediaciones de Valladolid, se había retirado al sur y estaba en la hacienda de Puruarán.

Aquel ejército que había dado tantas pruebas de valor y de heroicidad, que había recorrido triunfante por casi toda la Nueva España, estaba en aquellos momentos desmoralizado, falto de armas, de parque, y casi sin esperanzas de resistir el inevitable empuje de las tropas realistas.

El ilustre Morelos, jefe de aquel ejército, fue obligado por los demás generales a retirarse de Puruarán, según dicen algunos historiadores, y los independientes quedaron allí a las órdenes del padre Matamoros. Las tropas realistas emprendieron, como era natural, su movimiento sobre los insurgentes, y el día 5 de enero llegaron a Puruarán y atacaron.

La victoria no se hizo esperar, y los jefes realistas Llano e Iturbide se apoderaron de la casa, de la hacienda y de las oficinas a donde se habían hecho fuertes los independientes.

Después del combate, los soldados del rey comenzaron a explorar los alrededores con el objeto de aprehender a los insurgentes que habían logrado salvarse, y en una de las pequeñas habitaciones de los sirvientes de la hacienda, fue hallado el jefe de los insurgentes, el general Matamoros, que encontrándose solo, a pie y rodeado de enemigos, había buscado ahí un refugio.

Morelos, El machete de la Nación.

Según se dice, fue entregado por un oficial de los mismos suyos, y hecho prisionero por el soldado Eusebio Rodríguez, al cual se le dio como premio de este servicio, la cantidad de doscientos pesos.

Matamoros fue conducido inmediatamente a Valladolid.

III

Don Mariano Matamoros, en el año de 1810, cuando Hidalgo proclamó la Independencia de México, era cura de Jantetelco.

En 1811 se presentó al señor Morelos en Izúcar, y desde esa fecha militó a su lado, hasta la desgraciada batalla de Puruarán.

Matamoros es llamado por la mayor parte de los historiadores, “el más valiente de los insurgentes”.

En el famoso sitio de Cuautla, Matamoros, por orden de Morelos, se puso al frente de una fuerza de caballería y logró romper las líneas enemigas.

Matamoros se inmortalizó con la célebre batalla de San Agustín del Palmar, en cuya acción no sólo dio muestras de su valor y genio militar, sino que además probó, como él mismo lo dice en su parte al señor Morelos, que los independentes no se habían lanzado a la guerra con el objeto de robar.

El convoy custodiado por las tropas españolas derrotadas en el Palmar, fue respetado, y todo el comercio de la Nueva España pudo decir entonces

que los “insurgentes” eran soldados disciplinados, y no hordas de bandidos, como les llamaba Calleja.

Al hablar Matamoros de esta acción, dice:

“La batalla fue dada a campo raso para desimpresionar al conde de Castro-Terreño, de que las armas americanas se sostienen, no sólo en los cerros y emboscadas; sino también en las llanuras y a campo descubierto.”

Constantemente estaba Matamoros organizando tropas, a la cabeza de las cuales tenía a cada paso que batirse, y sin duda, a no ser por la desastrosa expedición a Valladolid, Matamoros hubiera libertado completamente todo el territorio que hoy comprenden los estados de Puebla, Oaxaca y Veracruz.

Pero Dios lo había dispuesto de otro modo.

IV

El día 3 de febrero de 1814, en la plaza de Valladolid, iba a ser fusilado un hombre.

Era éste de pequeña estatura, delgado, rubio, de ojos azules, y su rostro conservaba las huellas de las viruelas.

Marchando con ademán resuelto colocóse al frente de sus soldados; se escuchó luego una descarga; aquel hombre había dejado de existir.

Matamoros había muerto en el patíbulo; la causa de la Independencia perdía a uno de sus más nobles caudillos.

Morelos, El machete de la Nación.

El señor Morelos, según su propia expresión, “perdía su brazo derecho”.

México libre, declaró a Matamoros benemérito de la patria, y sus restos mortales se guardaron en la Catedral de esta ciudad.

Morelos ante el océano

Ezequiel A. Chávez

I

Empezaba a anochecer cuando llegué a la casa del maestro Altamirano.

Nos sentamos frente a frente, junto a un balcón alumbrado por la lividez del crepúsculo. Y de esta suerte, en la hora vespertina, el maestro y yo platicábamos en medio de la vida serena, de las cosas crepusculares.

¿Qué misteriosas energías ligan las palabras con las palabras para llevarlas muy lejos de lo actual hasta los campos maravillosos del pasado? Yo no sé cómo empezamos a hablar de Morelos: de su infancia entenebrada por la orfandad, de su juventud errante por entre los caminos y las soledades, cuando era atajador de mulas, y cuando iba, como Mahoma, visitando pueblos, transportando riquezas, poniendo en contacto ideas.

Dijimos que las lágrimas del huérfano y los dolores de la niñez desamparada enseñaron, sin duda, a Morelos, a sentir los dolores ajenos, haciendo brotar, según la teoría de los modernos psicólogos, la mariposa divina del amor hacia los demás desde la crisálida oscura del egoísmo.

Dijimos también que la existencia sembrada de sobresaltos, de inquietudes y de sorpresas, la vida

Morelos, El machete de la Nación.

del arriero, llena de fisonomías nuevas, enseñaron al mismo Morelos a no sorprenderse nunca, a comprender a los hombres y a comprender el secreto de las cosas.

El maestro hablaba con una voz que tenía entonaciones análogas a las de una lira de bronce; sus manos, en armoniosos movimientos, se agitaban en la sombra, acompañando el ademán a la palabra. Yo lo escuchaba sorprendido, y en el seno de la obscuridad creciente nacían y se eslabonaban los recuerdos, los hermosos hijos de la idea.

II

Morelos, me dijo entonces el maestro, llevaba en su alma el sentimiento, engendrado por su niñez dolorosa, y la observación producida por su juventud errante; sus ojos de mago sabían hurtarle sus secretos a la sombra, y sus palabras de tribuno sabían conquistar las voluntades de los hombres. Vio a lo lejos la claridad de la ciencia, y avanzó entonces a buscarla; la encontró en Valladolid, entre las fuertes paredes del colegio de San Nicolás. Oyó cómo hablaba de ella, con acento de inspirado, el rector don Miguel Hidalgo; pero, al oír hablar de la ciencia, oyó también hablar de su divina hermana la libertad, y poseído entonces de un doble y repentino amor, se sintió dominado por dos ideales, y fue desde aquel momento el paladín de la verdad y de la independencia. Por eso se ordenó sacerdote, porque así avanzaba en el sen-

dero de la ciencia, y por eso más tarde en el altar de la patria ofreció su vida en aras de la libertad; pero fue siempre su amor a los otros, conquistado con sus sufrimientos de niño, el que hizo el milagro de su fe republicana inextinguible, y fue siempre su conocimiento de los hombres principiado en sus viajes de arriero, el que hizo el milagro de su talento organizador para la guerra.

El dolor, la observación y la voz de Hidalgo, fueron los tres factores del genio; se conjuraron con las dotes primordiales, se fundieron con los elementos nuevos, y he aquí que en seguida durante las guerras de Independencia, tal vez más alto que nadie en la América, el huérfano, el atajador de mulas, el cura de Carácuaro, subió al Veladero, a Tixtla, a Cuautla, a Orizaba, a Oaxaca y al Castillo de Acapulco, para mostrar a los tiranos y a los cobardes, al infinito mar y al infinito cielo, la bandera blanca y azul de nuestra independencia.

Es inútil repetir lo que todos saben: el poema épico de Cuautla, que resuena en los aires como un clarinetazo de triunfo; la toma de Oaxaca, que parece una hazaña increíble; la redención casi inverosímil del fuerte de San Diego; pero si se recuerda cualquiera de los hechos de Morelos, en el más insignificante se revela su grandeza.

Una noche, el gran luchador se acercó con sus guerreros a la brava costa de la mar del sur. El intrincamiento inconmensurable de las grandes selvas del estado de Guerrero velaba las aguas. Una

Morelos, El machete de la Nación.

tempestad hacía sentir su aliento enorme a través de los árboles, el viento producía inextinguibles, intermitentes y salvajes clamores. Sobre las cabezas de los valientes el cresco mar de las hojas se estremecía con sacudimientos que parecían causados por un terror sobrehumano; se diría que las palmas inmensas, cuyos penachos tocaban el cielo, y las grandes lianas, tendidas de árbol en árbol, y hasta las hierbas experimentaban un espanto infinito. A ratos, la luz sulfurosa de los relámpagos ponía gotas de claridad entre los árboles y de súbito, ronco y profundo, como un quejido o como un grito de cólera sobrenatural, retumbaba el trueno.

Los valientes se detenían apoyados contra los árboles, los más osados marchaban hacia lo desconocido y lo inmenso, hacia el mar lleno de rabias y de terrores sin número; pero al frente de todos iba Morelos; su cabeza tranquila lucía ceñida por su pañuelo blanco, cuyas puntas flotaban, y en medio de la conmoción gigantesca que precede a las grandes tempestades, él iba en silencio, altivo y solemne, como si fuera el supremo vidente de lo sublime.

De pronto, ante él se acabaron los árboles y se mostró el mar; la costa allí terminaba, a pico, insondable, un pedestal sobre el abismo, el formidable culebreo y el convulsivo amontonamiento de las aguas se desenrolló entonces con toda su fuerza sobre el océano indefinido. El viento, este titán invisible y oscuro, corría sobre la soledad hirsuta; las nubes, apenas entrevistas, formaban una marejada

negra sobre las aguas, la lluvia se desató copiosa en raudales, en torrentes. El bosque centenario cantaba detrás su grande himno; la mar desenvolvía sus mil ruidos, que son estertores, y sollozos, y truenos.

El cielo se alumbraba de repente con fulgores lívidos que vertían la claridad sobre el horror; un instante, las tinieblas aullantes del agua, del viento y de la nube, eran sacadas de la sombra a la luz del rayo; pero en seguida, de súbito, retrocedían a lo negro, y entonces vivían en lo obscuro, gigantescamente, las formas prodigiosas de la borrasca, palpitantes e infinitas. Pudiera afirmarse que en el cielo, cubriendo todo con sus alas negras, salpicadas de reflejos lívidos, estaba el pájaro infinito de la tormenta.

Y no obstante, sereno, dichoso en medio del terrible desencadenamiento, teniendo a sus espaldas a sus guerreros, hundidos en la selva, y sintiendo quebrados por los rayos los palmares centenarios, Morelos, cruzando los brazos sobre el pecho, erguido e indomable, veía, guardando en su alma la sonata infinita de los elementos, la tempestad. Y su pañuelo blanco, como si estuviera vivo sobre sus sienes, agitaba sus puntas flotantes.

Enfrente del estertor de las olas y de los cielos, Morelos creía ver a la América toda, hundida en la sombra como la mar, lejos del cielo como la mar misma, y no obstante, toda ella sacudida por el deseo insaciable de abismarse en la claridad y de conocer el progreso, irguiéndose titánica y soberbia contra los

Morelos, El machete de la Nación.

tiranos, como el mar contra los vientos, y poblando el espacio con sus gritos de agonía y de gloria.

Bajo el acantilado, mientras las olas se San Miguel Charo estrellaban, levantando, como enormes flores blancas sostenidas por intermitentes tallos líquidos, sus explosiones de espuma los pájaros del mar, las cenicientas gaviotas, se hundían entre las ráfagas lanzando ásperos gritos. Por instantes el agua se iluminaba con fosforescencias extrañas, como si su cólera se hiciera luz; se tornaba de súbito en blanca, y entonces la borrasca parecía una batalla nunca soñada, que librarán millones de gigantescos gladiadores lívidos.

Morelos, ante el mar, era semejante al dios de las borrascas; aquella peña volada sobre el abismo y colocada bajo el otro abismo, el del cielo, era el pedestal digno de él; parecía, sin saberlo, regir la suerte confusa de los ejércitos de las olas; parecía mandarlas; la noche entera estuvo de pie electrizado él mismo ante las fulguraciones blancas de los relámpagos.

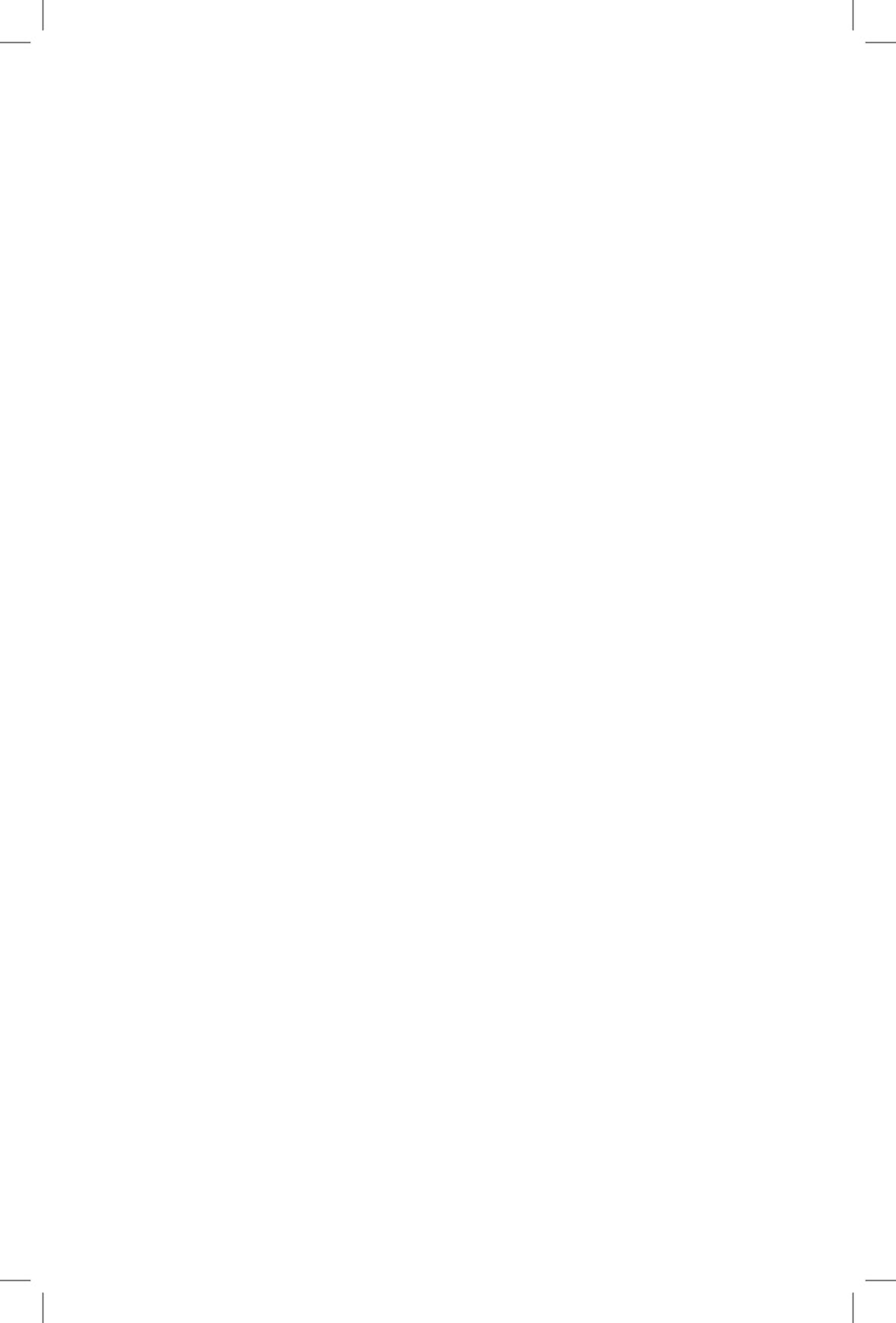
Cuando luego fue calmándose el mar; cuando todo peligro hubo cesado; cuando las olas se aplacaron, y el viento, cansado de luchar, se fue aletargando; cuando la selva cesó de agitarse, entonces en el cielo sin nubes se dilató la luz de la mañana, y Morelos, todavía de pie, contemplaba la iluminación feérica del océano, la tranquilidad gloriosa de las aguas.

“Aquella borrasca era un símbolo: era lo mismo que la guerra de Independencia, preñada de

horrores, llena de catástrofes; pero en ella, a ratos, la misma tormenta se hacía fosforescente, se tornaba luminosa, y por fin, tras ella, debía venir también la aurora divina, la libertad de la América.”

III

El maestro dejó de hablar, y aún veía yo a Morelos, en su pedestal, ante el océano; la noche había cerrado, y aún me parecía ver el albor de la aurora sobre las aguas, por fin serenas.



Escenas de la vida del general José María
Morelos y Pavón

Guillermo Prieto

I

Acababa de tronar el grito de libertad en Dolores, el pueblo mexicano había despertado a una vida de gloria: veloz como el relámpago se había difundido el entusiasmo patrio hasta los más remotos confines del continente, y las sangrientas escenas de Guanajuato tenían conturbados a nuestros audaces dominadores.

La voz de un párroco sexagenario, poco antes entregado a las tranquilas ocupaciones de la ciencia, la industria y los deberes de su ministerio, fue una convocación de guerra que encontró eco en todos los corazones.

Desde el opulento hacendado hasta el humilde labrador; desde el sesudo letrado hasta el indio abyecto, todos se improvisaron guerreros y, en chusma turbulenta y desordenada salían de la capital de Valladolid con dirección a México.

Digna de Tito Livio era la pintura de un ejército de más de sesenta mil hombres, la mayor parte medio desnudos en marcha confusa, armados de hondas, de palos, de picos, de fusiles, de machetes, y de instrumentos de labranza, enarbolando lienzos de distintos colores, llevando algunos de ellos la imagen de la virgen de Guadalupe; empapados

Morelos, El machete de la Nación.

otros en la sangre vertida a torrentes en Granaditas, y esta multitud mezclada de mujeres, de niños, y de ancianos, todos entusiastas, todos con un solo corazón para sentir el fuego de la libertad, y con una voz que lanzaba un anatema de exterminio contra la España.

En un pueblecito miserable, llamado San Miguel Charo, distante cuatro leguas de Valladolid, mientras atravesaba el llamado ejército, recibían los obsequios de una persona particular los primeros caudillos, en una casita de la plaza.

Se hablaba con orgullo de las pasadas victorias, se recordaban con alegría los heroicos hechos, se soñaba en lauros y renombre, y la alegría y el entusiasmo regocijaban los pechos y daban animación a los semblantes.

Entre tanto, sonaban fuera de la casa los gritos de la chusma belicosa, que vitoreaba a sus jefes idolatrados, al pasar frente al lugar en que estaban posando.

Mientras la oficialidad, en su mayor parte no muy subordinada ni circunspecta, bebía y charlaba estrepitosa en un extremo de la mesa, en el otro conversaban con calor dos personajes que quiero describir.

Era el uno de cabello cano y frente morena y espaciosa, su mirar concentrado y enérgico, su nariz aguileña, y su cabeza inclinada hacia adelante, qué sé yo si por el peso de los años o agobiada por sus

grandes concepciones, como se doblega la rama cargada de frutos.

Formaba contraste con tan grave personaje, el joven con quien hablaba; sería su edad como de treinta años o treinta y cinco a lo más, sus maneras francas, su frente espaciosa; pero cubierta por sus rizados cabellos rubios, que caían sobre ella en desorden, su mirada ardientísima, su hablar resuelto, y su continente marcial.

—Señor cura, decía, déjeme usted con mis dragones, que ¡vive Cristo! que no me queda títere con cabeza y créase usted, que mientras no se discipline esa chusma, no vale un comino.

—Sin embargo, señor don Ignacio, ella ha vencido en Granaditas, y sesenta mil hombres, y valientes, no son fáciles de destruir; además, sé que ellos aprenderán.

—¡Sesenta mil hombres! Véalos usted, unos cargan con sus hijos, otros quieren ir en formación como quien va a una romería, y hace poco, ¡voto val que me tuve que echar a pechos un vaso de aguardiente, para desengañarlos que no tenía veneno...

—Usted lo quiere todo en una hora.

—No, señor: quiero que el soldado sea soldado, que se subordine, porque si no, ¡vive Dios...! Vea usted...

—Vamos, calma, que todo se remediará.

—Pues a ese paso... pero yo los arreglaré: fuera mujeres, fuera muchachos, su ejército, su ordenanza.

Morelos, El machete de la Nación.

—Esos son castillos en el aire: tienen escuela donde aprender, y parece que no han estado muy torpes en la primera lección; dígalo Riaño.

Más se hubiera acalorado la conversación si la presencia de un personaje, que se acercó con paso tímido y rozó con su vestido el respaldo de la silla en que estaba uno de los interlocutores, no hubiera interrumpido la conversación.

Era un hombre de regular estatura, pero robusto; su color trigueño, un poco pálido; el cabello áspero caía sobre su frente con descuido; su barba terminaba como una línea a la mitad de su carrillo; su ceja era fruncida, y su nariz roma; su labio superior, tosco, con una ligera expresión de sonrisa; pero en sus ojos ardientes, penetrantes y vivísimos, revelaba un alma enérgica y emprendedora.

Acercóse, como he dicho con embarazo y poca gracia a los personajes descritos, y con dificultad expresó tartamudeando, que deseaba se le admitiese en la clase de capellán del ejército, para lo cual tenía licencia.

—¿Cómo es eso? ¿Se resuelve usted a abandonar su curato?

—Sí, señor.

—¿Y está usted decidido a cambiar una vida tranquila por nuestras aventuras...?

—Hace tiempo que lo estoy...

Hablaron luego en voz baja los tres que sostenían el diálogo, mientras los curiosos y la

oficialidad burlona y maligna se divertía a costa del original capellán que iba a tener.

—¿Han visto ustedes una figura más poco militar? ¿Quién lo conoce?

—Es el cura de Carácuaro.

—¿Cómo se llama?

—No recuerdo; pero se cuentan de él mil extravagancias.

—Es un hombre “oscuro, sin carrera”.

—Dicen que es hijo de un carpintero, que se dedicaba hace algunos años a la arriería, que en uno de sus viajes compró en México un Nebrija, y después de estudiarlo, cuando tenía 25 años, se le metió en la cabeza ser clérigo.

—Estamos haciendo tal adquisición de padres, que se hace increíble cómo anda el diablo tan suelto entre nosotros.

—Silencio, oiremos lo que responde: acaba de preguntarle el señor cura, que cómo se resolvió a seguirnos.

Callaron todos, y se oyó la voz del cura de Carácuaro que decía:

—Vine, como dije a ustedes, a Valladolid, en fines del año pasado, a la casa de mi hermana; convidáronos a un coloquio, y no faltó allí quien hablase del tumulto de Iturrigaray, y las prisiones ejecutadas en aquellos días (la voz del cura se animaba gradualmente), no sé lo que sentí; se me representó nuestra opresión, nuestro oprobio, y concebí un odio contra los tiranos, que me tuvo inquieto y engendró espon-

Morelos, El machete de la Nación.

táneo y eterno un pensamiento de combatir por la libertad de mi patria...

—Bien, muy bien.

—Retíreme con esa idea, proyecté construir un fortincito en mi curato, soñándolo punto de defensa; allí a mis solas, después de mis trabajos, pensaba en ejércitos, en asaltos, en victorias, y lloraba después al ver mi ignorancia en todo.

Al decir esto, su voz era de trueno, su mirar imponente, tenía arrebatado y enternecido a su auditorio...

—Padre, me parece que mejor ha de ser usted un general que un capellán. Vamos, déjese usted de cosas, arroje la turca y cargue contra el mundo si se nos opone.

—Un pliego de papel...

Llevaron el papel, escribieron, y al calce firmó el anciano que estaba en la cabecera de la mesa: “Miguel Hidalgo y Costilla”.

—Conque, lo dicho: a revolucionar el sur, y veamos si de aquí a algún tiempo recibimos cartas del coronel Morelos, que anuncian que han olido su pólvora en Acapulco.

—¡Camarada! venga un abrazo; si algo se ofrece, cuatro letrajos, ya sabe usted, “a Ignacio Allende”, y ¡vive Cristo! que aquí está un corazón que sabe ganarse amigos.

Quedaron unos murmurando, otros aplaudiendo al coronel Morelos, mientras éste, silencioso y modesto, tomó su camino para su curato, sin más auxilio

que el del cielo; pero ufano, con el pensamiento audaz de dirigirse a Acapulco dentro de pocos días.

II

Trasladémonos ahora al cerro del Veladero, situado en una costa de Acapulco: el cura de Carácuaro acababa de llegar con cerca de 700 hombres; mientras su tropa se alojaba y disponía a resistir al enemigo.

—Galeana, dijo a un oficial: ¿dejó usted recomendado a Ávila el Ahuacatillo?

—Sí, señor...

—¿Y ese “Niño”, cuándo le llora en el oído a Paris?

—Yo creo que para principios de diciembre entrante lo tenemos encima y estaremos en apuros.

—¡Apuros! En poca agua se ahoga usted. ¿No ve usted que salí del curato con dos “trabucos y una carabina descompuesta”, y ahora ya hasta artillería tenemos...?

—Sí, artillería, un cañón “Niño”...

—Ese “Niño” ha de dar muy malas noches a los gachupines: no se olviden las avanzadas por Las Cruces y San Marcos.

—No, señor.

—Vaya usted, que yo mientras soy ingeniero, con cueros de res y con ladrillos.

El día 8 de diciembre de 1810, serían las ocho de la mañana, cuando distinguieron a don Francisco Paris, que venía sobre el campo de Morelos con mil

Morelos, El machete de la Nación.

500 hombres; éste hizo al principio varias tentativas para evitar un rompimiento en que iba a derramarse sangre de hermanos; todo fue en vano, empeñóse la lid, las fuerzas de Paris combatían con increíble desnudo; el señor Morelos resistía con igual intrepidez. Montado en un brioso caballo, con su lanza en la mano recorría los puntos más comprometidos, animaba con su ejemplo a los soldados, distribuía sagaz las fuerzas, se multiplicaba en sus acertadas disposiciones, y una no desmentida serenidad infundía esfuerzo a sus soldados.

A la caída de la tarde retiróse el enemigo, avergonzado, y las fuerzas insurgentes proclamaron con delirio el nombre de su jefe.

No era aquella gente una chusma desordenada que atacaba en grupos, que se descarriaba desobediente. No, eran soldados subordinados que con regularidad y con destreza se defendían.

Paris se retiró a Jonaltepec para volver de nuevo a la carga, después de reponerse un poco.

No perdió un instante Morelos, entabló negociaciones secretas en el campo enemigo, se impuso de sus oficiales, de las cualidades de estos, lisonjeó a los descontentos y se relacionó con ellos, siendo de los principales un capitán, don Mariano Tabares, ofendido por haber sido preso en aquellos días, porque desaprobó la prisión de Iturrigaray.

III

Era una noche obscurísima: el ruido de las olas y el grito de “¿quién vive?” de los centinelas interrumpía solemnemente el silencio: el señor Morelos paseaba inquieto en su cuarto, reflexionando su crítica posición, por la carencia de víveres, y conociendo que necesitaba una victoria para acreditar su nombre e inspirar confianza a sus soldados, fijó el codo sobre una mesa que allí había, apoyó su frente abrazada en su mano, después tomó una pluma, trazó algunas líneas, y una expresión de júbilo bañó su semblante.

—Señor ayudante —exclamó—, que me llamen a don Julián Dávila.

A pocos momentos se presentó éste:

—¡Señor!

—Búsqueme usted a don Marcos Landín.

En presencia de los dos extendió Morelos el papel donde había trazado las toscas líneas, y poniendo un eslabón en manos de uno de ellos, para que sirviese de contraseña, les dejó partir.

Los soldados no sabían dónde los llevaba. La mayor parte de ellos quedó oculta en un bosque.

Repentinamente rompió la obscuridad el relámpago vivísimo de sesenta armas de fuego disparadas por los espantados, otros se rindieron, y Paris mismo, lleno de pavor, salió disfrazado del campo, preguntando por Morelos, ardid que le salvó la vida.

Morelos, El machete de la Nación.

La sorpresa anterior reveló a la luz de la victoria, no a un guerrillero temerario y constante, no a la mano que ejecuta a ciegas su venganza, sino a la inteligencia sagaz y combinadora, terrible en el enojo: era la fuerza dirigida por el talento, combinación hasta entonces descuidada entre los insurgentes.

Ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, y algunas cargas de parque, víveres y dinero, fueron el resultado de esta empresa gloriosa.

Poco tiempo reposó Morelos a la sombra de sus nacientes laureles. Uno de los días de febrero de 1811, serían las cuatro de la mañana cuando a cierta distancia de la fortaleza de Acapulco brillaba en el campo una luz solitaria, defendíala del viento un farolillo, la tropa marchaba en el mayor orden y silencio, se oía el rumor de las pisadas, y las toses reprimidas de los soldados.

El señor Morelos marchaba risueño como siempre que se veía frente al peligro.

—Señor cura, mucho temo una traición, porque no han contestado con su luz a la de nuestro farol.

—Tengo dadas mis disposiciones; creo que Gago no nos venderá; pero siempre desconfiando, he distribuido la tropa de modo que no toda se comprometa; que no muevan el farol de Puente de Hornos.

—Mi general, avanzaremos nosotros, daremos la contraseña y después irá usted.

—No, marchemos adelante, muchachos.

Llegó la tropa hasta la puerta de la fortaleza, parecía ésta desierta, mantúvose algunos momentos indecisa la tropa, nada interrumpía el silencio... oyéronse unos pasos, y por la cerradura preguntaron con misterio:

—¿Viene ahí el señor cura Morelos y el comandante Tabares?

Morelos dijo a otro que respondiese que no; hízolo así, y a esta palabra se coronó súbitamente el castillo de gente, parecía un volcán la fortaleza, retumbaba el suelo con el estampido de la artillería, y eran tan redobladas y sostenidas las descargas, que brillaban los alrededores del castillo como si éste se hubiese incendiado; la reflexión del fuego en el foso, el silbar de las balas, las nubes de humo rasgadas por los relámpagos de nuevas descargas, y sobre todo la sorpresa, desordenó al ejército insurgente; sólo Morelos, en pie y tranquilo, parecía complacerse en aquel espectáculo terrorífico.

Conociendo que era mengua que huyesen sus soldados, los exhortó a volver frente al enemigo; revolvíanse indecisos, tronaba su voz ahogando la grita la soldadesca española, y oyéndose entre el estrépito de los cañones: por fin, desbandase su gente y emprende la fuga.

—Corréis, cobardes —exclamó iracundo—, yo les pondré un puente que facilite el paso; y tomando la delantera de la tropa, se arrojó al suelo en un estrecho de preciso tránsito. Los soldados retrocedieron

Morelos, El machete de la Nación.

espantados a vista de aquella barrera, levantaron a su general, y se unieron a su derredor con entusiasmo.

—¿Por qué huyen ustedes? ¿No estábamos ya fuera de peligro?

IV

El virrey Venegas conoció la superioridad temible del nuevo campeón que saltaba a la arena, y mandó numerosas fuerzas para que lo persiguiesen; pero como la relación minuciosa de sus encuentros y victorias no es de mi objeto, ni posible de reducirse a los límites de mi artículo, dejo al exacto biógrafo tan preciosos materiales, para elevar una sublime columna de honor a su héroe, mientras yo, cambiando las decoraciones de mi teatro, traslado la escena al frente de Tixtla, ocupada entonces por los comandantes españoles Cosío y Guevara.

Brillaba la feliz aurora del 12 de agosto de 1811; el alegre toque de diana despertaba al soldado, para que realizase sus sueños belicosos; el cañonazo de saludo era como el himno a la salida del sol, y el ruido de las armas, el relinchar de los caballos y todos los aprestos militares indicaban la proximidad de la batalla.

El sol doraba el campanario del pueblo de Tixtla, coronado de tropas realistas, y fortificado, lo mismo que la plaza del Calvario, que dejaba ver de trecho en trecho en sus reforzadas trincheras aprestada la gruesa artillería.

Pero el humilde cura de Carácuaro, aquel hombre obscuro y sin carrera, había desplegado su vuelo de relámpago, y era el general adulado, por la victoria, y había caminado desde la ardiente costa de Acapulco hasta Tixtla, bajo un dosel de laureles; sus criados, que eran entonces toda su compañía, se habían tornado en un ejército respetable, valiente y moralizado, y en su derredor levantaban sus frentes los Galeanas, los Matamoros y los Bravos.

La campaña es el festín del soldado, por eso se impacientaban los insurgentes a la vista de Tixtla y por eso un clamor de júbilo mezclado a la música y los “vivas”, respondió al primer cañonazo disparado desde las trincheras de aquel pueblo, a las nueve de la mañana.

El cielo estaba sereno, el campo alegre, y por la atmósfera tranquila subió lenta la columna de humo de los primeros fuegos. Morelos continuó su conversación llena de donaire y cuentos oportunos, mientras las granadas reventaban a su frente, y se cruzaban las balas en todas direcciones; tenía su traje sencillo, su chaqueta de lienzo, su pañuelo blanco cuidadosamente amarrado en la cabeza.

Repartiéronse en orden las tropas. Al principio se interrumpió el tiroteo. Después empeñóse en una parte; en otra, hízose por fin general. Una nube espesa ocultaba la población, y el campo como sombras. Veíanse discurrir los soldados y surcaban las ráfagas de fuego de las descargas, y las llamaradas del cañón,

Morelos, El machete de la Nación.

aquel humo negro, y amarillento, por el resplandor vivísimo del sol.

Defendíanse los realistas con una intrepidez increíble; con encarnizamiento combatían los insurgentes; retemblaba el suelo al estampido de los cañones, y los ecos de la música marcial enardecían las almas y levantaban clamores entusiastas, entre los que se percibían el resollar de los caballos fatigados o el gemir doliente de los moribundos.

¿Se alzaba la llama del cañón en un punto comprometido? Alumbraba la frente impasible de Morelos que alentaba a sus compañeros. ¿Retumbaba un acento en medio de la más empeñada refriega? Era la voz de Morelos.

¿Cundían en el aire mil “vivas” alegres? Era la presencia de su general, a quien lo saludaban como a un dios, con ternura, con la seguridad de vencedores.

El combate se prolongaba, manteniéndose indeciso hasta más de la mitad del día, aunque el esfuerzo no aminoraba: en las tropas insurgentes se comenzó a notar la escasez de parque, que se hizo muy sensible a la caída de la tarde. En estas circunstancias empeñóse una vivísima lucha en una batería enemiga, se distinguía allí por su arrojo temerario un joven moreno, de ojos rasgados y vivísimos, y que reía en medio del asalto, dejando ver su dentadura blanquísima.

El muchacho alegre, insolente, todo lo animaba, y su alborozo inspiraba ardimiento, y el placer

de repente desaparece de entre sus compañeros, deslízase arrastrándose como una serpiente bajo la cureña contraria, y al ir a dar fuego un artillero, dispárale un tiro, apodérase del cañón, levanta en sus manos un saco de pólvora, y lleno de gozo les grita a sus amigos:

—Ya tenemos parque.

Este incidente influyó no poco en aquella acción; los realistas se defendían con despecho; el sol estaba al ocultarse suspendido en el borde del horizonte, cuando una llama cárdena penetró entre el torbellino de humo, y gritaron: ¡quemazón!

Efectivamente, comenzaron a arder las principales casas del pueblo, crujían las vigas, y de tiempo en tiempo se desplomaban los techos, cesando las llamas para trepar después serpenteando en las paredes y levantarse terribles.

La confusión no tuvo límites, los lloros de los niños, los alaridos espantosos de las mujeres.

Los realistas despavoridos, refugiáronse en la parroquia, sonaron las campanas, y el cura de ella, agente servilísimo de los españoles, se presentó en la puerta de la iglesia: Morelos le mandó que se retirase, y no perdió momento en reparar las fortificaciones, previendo que podía ser hostilizada aquella plaza.

V

Después de dejar guarnecido el pueblo con 104 hombres al mando del intrépido Galeana, pasó

Morelos, El machete de la Nación.

Morelos a Chilpancingo, donde se solemnizaba con diversiones públicas la asunción de “nuestra señora”, patrona de aquel pueblo.

En el mismo día se supo en Chilapa, cuartel general de los españoles Fuentes y Recacho, la salida del señor Morelos y la falta completa de parque de los de Tixtla.

Fuentes precipitó su marcha, y penetró con aire triunfal por algunas calles del pueblo; pero al llegar a las trincheras de la plaza, encontró una resistencia que no esperaba.

En medio de las diversiones dieron a Morelos esta noticia en Chilpancingo, y le pedían parque con suma urgencia; aunque en aquel pueblo había una fábrica de pólvora, estaba húmeda e inservible; Morelos dijo al correo que al otro día haría una visita a Galeana, que lo esperase por Cuauhtlapa.

En efecto, la mañana siguiente, en medio del más empeñado tiroteo y cuando entreveían los españoles insolentes una victoria, suena repique a vuelo en la parroquia de Tixtla; los realistas lo interpretan como un ardid para excitar el entusiasmo insurgente, y casi tocaban con la mano las trincheras, preguntando con mofa si estaban locos, cuando el cañón “Niño” tronó a sus espaldas en una altura.

Volvieron el rostro y vieron al señor Morelos con el lanzafuego aún en la mano, porque él había disparado tiro tan certero.

Los soldados insurgentes respiraron aquel aire de victoria que rodeaba a Morelos: los “vivas” llenaron

el viento; las músicas y el repique alegraban las almas; quisieron los realistas formar cuadro; pero saltando la trinchera entre una nube de humo, y blandiendo su lanza Galeana, se arrojó entre ellos, los desordenó violento como el rayo; acudieron sus fieles soldados, y los lanceros impetuosos de Morelos, y entonces la derrota fue completa y la carnicería horrible: quedaron en el campo lagos de sangre; corrían al ocaso caballos sin jinetes, y veíanse revolcar los heridos en el suelo; hicieron los insurgentes cerca de ochocientos prisioneros, doscientos muertos, recogiendo además, equipajes, municiones y víveres. Nada faltó para hacer brillante esta victoria, ni la muerte de un traidor, porque fue cogido prisionero Gago, el de Acapulco, y mandado fusilar al instante.

En la noche de ese día dictaba Morelos a su secretario una carta dirigida a Rayón, en la cual, entre otras cosas, le decía: “Hasta esta fecha, 16 de agosto de 1811, he tenido veintiséis batallas, veintidós ganadas completamente, y en cuatro hice una retirada honrosa”.

Lejos de envanecerse con una carrera triunfal, magnífica y feliz, que hacía ondear el pabellón insurgente en casi todos los puntos del sur de la provincia de México, con un ejército que lo adoraba como a un padre, y con un prestigio robusto y prepotente, manifestó en la administración civil un juicio y un talento admirables: “su primer principio fue no hacer variación ninguna en el estado de las cosas, limitándose a remover las personas que no le inspiraban confian-

Morelos, El machete de la Nación.

za, para lo cual nombró intendentes y subdelegados; pero la administración de justicia y la de hacienda continuaron en los términos establecidos por las leyes, sin permitir que los comandantes se arrogasen ni la una ni la otra, como sucedía frecuentemente entre los jefes insurgentes que no estaban bajo sus órdenes. Tampoco se permitía a los jefes militares imponer contribuciones, ni molestar a los habitantes con vejaciones arbitrarias, tan comunes en otras partes, y que habían hecho odiosa la insurrección”.

La junta de Zitácuaro entendía inmaduramente en el sistema político, en los momentos que se disputaba palmo a palmo el terreno, y cuando no había aún noción de que fuesen representantes aquellos miembros.

Deseaba el señor Morelos el establecimiento de un gobierno; pero lejos de convertirse en intérprete arbitrario de la voluntad nacional, quería que fuese esta declaración obra del pueblo, cuya soberanía reconoció.

Rehusó reconocer el título hipócrita que tomó la Junta de Zitácuaro, de representante de Fernando VII; y aunque esto se quería paliar como medida de convención y de una política sagaz, el señor Morelos no quiso que aquel cuerpo tuviera otros títulos que los que le otorgase la espontánea voluntad de los pueblos en el goce de sus derechos.

Estos rasgos pintan el instinto de la política verdadera, como agente de la felicidad común, y no como el arte de la superchería y del engaño. En nues-

tros tiempos hemos visto muchos sucesores audaces de las pitonisas de la antigüedad, que quieren interpretar los oráculos de su divinidad, el pueblo, en qué no creen más que cuando los incensa, o se deja alucinar con sus doctrinas.

VI

Grato para mí sería poderme detener en la relación de las victorias del señor Morelos, que sucedieron a las de Tixtla.

Chautla, Izúcar, Tenancingo y otros pueblos aclamaron su nombre victorioso, lo vieron terrible en medio del calor de la batalla, lo admiraron en el campo de Tenancingo, enfermo, sobre una caja de guerra, en medio de las balas, dando sus órdenes tranquilo y risueño, como si asistiese a un festín; allí también lo vieron compartir su alimento con el soldado indio, que abría su corazón salvaje y oprimido al rocío de una amistad generosa y franca.

Pero ha llegado Morelos a Cuautla de Amilpas; y quiero descansar con mis lectores mientras la pluma fácil del señor Mora nos describe aquel lugar donde germinaron tantas hazañas.

“La población está formada sobre un terreno de poca elevación, que domina las cercanías a considerables distancias, y en las inmediaciones de la línea interior en que terminan las casas, se hallan grandes plantíos de plátanos y arboledas espesas: su mayor extensión es de norte a sur en poco más de

Morelos, El machete de la Nación.

media legua, y su anchura de este a oeste no excede un cuarto de legua. En la parte del oeste corre de norte a sur una atarjea de mampostería, de vara y media de espesor, que va gradualmente elevándose de doce a catorce varas, y termina en la hacienda de Buenavista: entre el pueblo y las lomas de Zacatepec, que se hallan al este, corre el río cuya caja es de más de doscientas varas; pero cuya corriente, aunque abundante y rápida, no ocupa por lo común sino una parte muy corta, ciñéndose a un canal de doce a quince varas.”

En los primeros días de febrero de 1812, salió de México don Félix María Calleja, con dirección a Cuautla, al frente de un ejército que había llenado de terror el Bajío: el 18 dejó el campo de Pasulco, con el objeto de reconocer a Cuautla, y el 19 formalizó su primera tentativa de asalto.

Desde una altura percibió el ejército al general Morelos, que platicaba festivo con sus oficiales.

—¿Está usted cierto de lo que me dice, curita? —dirigía esta pregunta a un hombrecillo de mediana estatura, rubio, picado de viruelas, y con sus ojos azules llenos de viveza y expresión: era Matamoros.

—¿Cómo si estoy cierto? Son más de ocho mil hombres; uno a uno no hemos de dejar ninguno, y si no, permítame usted que les vaya a saludar, ¡por vida de...!

—¡Coronel! Guarde usted sus bríos para Buenavista, y cuidado con el nombre: no hay que cegarse por nada de esta vida. ¿Y dígame usted, señor Galea-

na, San Diego que tal está de fortificado? Porque lo que de noche se hace...

—Es cierto, señor, se trabajó toda la noche; pero no por eso está mal.

—¡Hola! ¡Hola! Vean ustedes —dijo con interés Morelos—, parece que tiene mucha prisa de saludarnos Calleja; forzoso será dar nuestras órdenes para recibirlo. ¡Mi escolta! ¡Dragón, acerca mi caballo!

Galeana se puso al paso del general, y aunque dócil y tímido en su trato, le rogó encarecidamente no se aventurase en un reconocimiento imprudente.

—Déjeme usted, Galeana, sólo voy al Calvario a reconocer con mi antejo al “enemigo”.

—Acompañaré a usted, mi general —replicó el valiente.

—No, no es necesario; voy de paseo.

Y el invencible Galeana, se mordió en silencio los labios y pesaroso dejó alejar a su amado general al frente de su escolta.

—Está visto —dijo casi con las lágrimas en los ojos y sin perderlo de vista—, va a hacer una de las tuyas; ¡y estar yo aquí!

—¡Hola! señor oficial —continuó—, mande usted poner al momento vigías en las torres, que observen al general.

Paseábase inquieto Galeana cerca de su caballo, reprimiendo sus tentaciones de montarlo, y acariciando su crin negra como el ébano.

Oyóse de repente el fragor de la artillería, que desde antes había emboscado Calleja a los lados del

Morelos, El machete de la Nación.

camino: espantados los vigías de las torres, gritan: “que nos cogen al general”; y Galeana en su corcel, rápido como la voluntad de Dios, desapareció, al socorro de su jefe.

Entretanto, alrededor de Morelos se había agrupado la fuerza enemiga, la sorpresa y la lluvia de balas dispersaron su escolta, no quedando sino muy pocos a su lado: junto de él acababa de caer, acribillado de heridas, un soldado querido: se revolvió en un círculo de enemigos como un león cercado de diestros cazadores; pero se hacía campo con sus armas, disparando sus pistolas a los que más de cerca lo seguían, y sin perder su gravedad majestuosa y tranquila:

—Muchachos —decía con flema—, no corran, que las balas no se ven por las espaldas.

—Mi general, mi general, salvémonos, corramos, mi general.

—Más honroso es morir matando, que entrar en Cuautla corriendo.

—Avancemos, mi general.

—Éste es el paso de mi caballo, el que quiera que lo siga.

Los realistas creían tener su presa entre las manos, anticipaban gritos de contento y redoblaban su esfuerzo.

Mientras en el campo de Morelos cundía la confusión y se propagaba la alarma, en los momentos más desesperados apareció el acero invencible de Galeana y de sus arrojados costeños: como el huracán

cán dispersa las arenas, ahuyentó a los que cercaban a Morelos: los soldados se encarnizaron al extremo de arrojar las armas de fuego para combatir con sus machetes.

El ejército, después de recobrado su general, lloraba de gozo, y Galeana, con la risa en los labios y las lágrimas en los ojos, no cesaba de abrazar a su general, haciéndole al mismo tiempo cariñosas reconvenciones por su arrojo, y sobre todo, porque no lo había llevado consigo.

Al siguiente día el ataque fue más formal: Calleja marchaba a la retaguardia de su ejército en un coche, seguro de su triunfo; penetraron los realistas por la calle Real, la artillería y la infantería redoblaban sus tiros, cubríanse los contendientes con una nube espesísima de humo, poniéndose a medio tiro de la trinchera de la plaza de San Diego.

El coronel que mandaba aquella sección percibió a Galeana, sublime y terrible como era siempre, en medio del combate, y dejando oír su voz entre el estruendo de las armas, le gritó, desprendiéndose de sus filas:

—¡Ah, infame! Sal, que a ti te buscaba.

Galeana estaba a su frente. Disparóle el español con una pistola, sonrió Galeana, apuntó al insultante coronel, y cayó en tierra.

—Era valiente —dijo Galeana, y lo condujo en sus brazos dentro de la trinchera para que le administrasen los auxilios divinos.

Morelos, El machete de la Nación.

La tropa realista seguía enfurecida su lucha; penetró por el interior de las casas barrenándolas para comunicarse por este medio: las familias se arrodillaban despavoridas ante la soldadesca ciega, y se multiplicaban escenas que desgarraban el corazón.

Un malvado propagó dentro del campo insurgente la voz de que Galeana había perdido la plaza; cundió el desaliento, quedó la batería de San Diego casi solitaria, y sólo un jovencillo oscuro estaba junto a la artillería. Aprovechándose de su desamparo un dragón le hirió en un brazo; derribado el joven, dejando un rastro de sangre en el suelo en que se arrastraba, y alzándose con dificultad, prendió fuego al cañón, conteniendo al enemigo, que avanzaba sobre la batería.

Quedaron en el campo como 400 cadáveres, y muchos fusiles, que recogieron los insurgentes.

“El día 20 de febrero de 1812 remitió Calleja al virrey el estado de muertos, heridos, contusos y extraviados en la acción del día anterior”, en los términos siguientes:

Oficiales muertos: 4.

Heridos: 7.

Contusos: 11.

Muertos de tropa: 15.

Heridos de tropa: 55.

Heridos levemente: 40.

Contusos de tropa: 43.

Extraviados: 3.

Más en el oficio o parte, del 21 del mismo mes, se expresa así:

—Yo me encuentro embarazado con más de 200 heridos y enfermos mal asistidos, que dudo si los remitiré a Ozumba, desde donde por Chalco podrán con menos incomodidad dirigirse a ésa, o si me sitúo en alguna hacienda inmediata por no exponerlos a que el camino los empeore.

El día 5 de marzo Calleja comenzó formalmente el sitio, pronosticando que no dejaría piedra sobre piedra en la población rebelde, y creyendo fácil de realizar sus proyectos exterminadores en poco más de ocho días.

Aunque en lo público se mentía oficialmente, exagerando los triunfos de los realistas y pintando el de Cuautla como un sitio sin importancia, sofocando así la revolución en el sur de México, la correspondencia reservada entre el comandante en jefe y el virrey era amarga, y en sus groseras contradicciones realzaba los talentos de Morelos, presentándolo realmente como un enemigo astuto y formidable.

Los disgustos entre Calleja y Venegas habían llegado a conocimiento del público, debilitando la opinión entre los realistas mismos, y siendo eficaz agente del prestigio del general Morelos.

Deseaba Venegas que en un asalto y por la fuerza de las armas, se terminase una lucha que tenía despierta la atención; y Calleja por su parte rehusaba aventurar en un ataque la nombradía adquirida en sus anteriores campañas. Veía uno la exigencia del

Morelos, El machete de la Nación.

asalto como una venganza, y el otro interpretaba las demoras del sitio como ineptitud y cobardía.

No obstante, se prodigaron a Calleja los recursos, situándose en Chalco tropas suficientes para mantener franca la comunicación con México.

VII

Entre tanto, el general Morelos en su terreno sumamente abierto, con sus reducidas fuerzas, y sin más recursos que su ingenio y su inflexible constancia, recurría a sus inspiraciones, y todo lo creaba para resistir al enemigo.

Se proveyó de víveres, improvisó trincheras, entabló relaciones con algunas de sus partidas errantes para interceptar las comunicaciones del gobierno y proporcionarse recursos, y suplía su talento inagotable las faltas todas que se notaban.

Ya como guerrero, el primero en el campo, sus huellas guiaban a sus soldados a combatir; ya como general astuto, entablaba negociaciones con los descontentos para imponerse de cuanto le convenía. Ya por último, alegre, compartía con sus oficiales sus alimentos, dándoles ejemplo con una conducta intachable.

Celebraba con regocijo y hacía publicar las acciones heroicas de sus soldados, fomentaba el contento con diversiones que daban testimonio de su desprecio al enemigo, y muchas veces al retumbar el cañón y al rasgar los aires las bombas, triscaba con

sus amigos en festivas jamaicas, llenando el aire las músicas militares.

Imposible es seguir la detenida relación de un asedio que duró sesenta y tres días, marcado cada sol con mil hazañas dignas de renombre. Este asedio forma por sí solo la epopeya sublime de la existencia de Morelos, y el panegírico completo de sus ilustres generales, es el episodio más bello de la guerra de la Independencia y el orgullo de nuestros recuerdos nacionales.

Combatir día a día, momento a momento, contra fuerzas siete veces superiores, con la agonía de la sed y del hambre, con el azote de una epidemia destructora, y encontrar para todo recurso, y convertir en un festín el teatro de la muerte; hechos son estos que escritos en otro idioma y oídos por otros hombres menos indolentes que los de México, pasarían tradicionales a las generaciones futuras, cada vez con más lustre y encanto.

Pasaré en silencio el recobro del agua por el impetuoso Galeana, construyendo entre una lluvia de balas un fortín para impedir que la cortasen.

No mencionaré el ardid del capitán Anzures en medio de la noche, tocando con un tambor por diversos puntos a degüello, desconcertando así una vil traición, y convirtiendo ésta en perjuicio de los realistas, que engañados se destrozaron mutuamente.

Mientras las numerosas huestes de Calleja, reducidas al último extremo, aún insultaban con despecho a los insurgentes en medio de la

Morelos, El machete de la Nación.

consternación más sombría; así se expresa este general mismo hablando de los sitiados:

“Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla, fuese con moralidad y dirigida a una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia.”

“Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias y de rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma, etc.”

Las víctimas de la peste, en el campo americano, eran numerosísimas, y los horrores del hambre se hacían palpables de día en día; pero a aquel ejército de hierro nada lo desalentaba, renaciendo su vigor del fondo mismo de sus calamidades.

Resolvióse, pues, Morelos a dar un ataque decisivo a las baterías del Calvario, que estaban al mando del brigadier Llano; distrajo la atención del enemigo por varios puntos donde tenía repartida su fuerza. Lanzaron sobre el baluarte dicho, granadas de mano, y reforzando la tropa que mandaba Morelos en persona, los valientes de Galeana, tomaron la artillería y los obuses de Llano.

Esta victoria no fue, sin embargo, de importantes consecuencias, porque los soldados, por apode-

rarse de los víveres, se distrajeron en la persecución del enemigo.

La dilación del sitio, las prevenciones de Calleja, y las simpatías que se había creado Morelos en la capital misma, tenían en graves conflictos al gobierno español que, herido en lo más vivo su nombre y poder, veía prolongar sin esperanza una lucha en que se encontraba altamente comprometida su existencia.

Recurrió Calleja entonces al halago y a las promesas de indulto; al efecto, el 30 de abril hizo seña y condujo el alférez Calápiz al campo insurgente, indulto para Morelos, Galeana y Bravo. El primero recibió el papel, y sin vacilar escribió en su reverso: "Otorgo igual gracia a Calleja y los suyos".

La situación de Calleja llegó a ser tan comprometida, que el 2 de mayo decía al virrey oficialmente:

"Excmo. señor: —Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible; y por lo que respecta a mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no la acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde todos los auxilios. —VE. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer. —Dios, etc. —Campo sobre Cuautla, mayo 2 de 1812. —A las cuatro y media de la mañana."

Decidióse, por fin, Morelos, a evacuar Cuautla, y una noche de los primeros días de mayo, a la luz de la luna, comenzó a salir en buen orden y con las precauciones debidas el reducido ejército, por el baluarte del agua, en medio del Calvario y Amelcingo.

Morelos, El machete de la Nación.

Galeana ocupaba la vanguardia, entre ésta y el centro iba el general Morelos, mandando la retaguardia el capitán Anzures, de quien hemos hablado.

Muchos de los vecinos de Cuautla se unieron al ejército: había avanzado éste un largo trecho, cuando resonó el “¿quién vive?” de un centinela realista; Galeana le contestó con la muerte, pero entonces se hizo la alarma general, y el fuego se rompió por todas partes. Los gritos de: “¡Viva nuestra señora de Guadalupe!” “¡Viva la América!”, fueron la señal del combate, que se empeñó con encarnizamiento; no obstante, el ejército insurgente verificó una retirada lenta y honrosa, retirada que equivalió a una victoria, según conceptuó a los americanos.

He aquí el rápido bosquejo del célebre sitio de Cuautla: en él gastó el gobierno español 1'700,000 pesos, sacrificando lo más florido de su tropa, menoscabando extraordinariamente su opinión. El sitio de Cuautla fue el sepulcro de la reputación de Calleja.

Así se expresa Zavala hablando de Morelos, después del sitio:

“La fama del héroe se llevó entonces hasta las estrellas, un entusiasmo que ocupaba los espíritus de los criollos. En México mismo se cantaban los elogios del campeón nacional, y su nombre ya era una señal de triunfo para los mexicanos.”

VIII

Después de la salida de Morelos de Cuautla, Huajuapán, Tehuacán, Orizaba y otros varios pueblos aclamaron sus armas victoriosas. En este momento llama nuestra atención una tienda de campaña situada en la villa de Etna, cerca de Oaxaca.

Era el 24 de noviembre de 1812; la tropa que rodeaba la tienda de campaña, aún no reposaba de las fatigas de un camino fragoso y despoblado.

En el interior de la tienda había algunas piedras que servían de asientos a varios oficiales, muchos bultos de equipaje esparcidos sin orden, y algunos asistentes en un extremo disponiendo la cena.

Morelos dictaba a un oficial sus órdenes; todos lo escuchaban en silencio.

—Señor amanuense, haga usted saber a los señores la orden del día.

El escribiente leyó:

—A acuartelarse en Oaxaca.

Todos hicieron un movimiento de sorpresa; Oaxaca estaba al mando del teniente general González Saravia, perfectamente parapetada y defendida por un ejército valiente y numeroso; la tropa de Morelos acababa de llegar, sufriendo las fatigas de un viaje penoso; en su mayor parte estaba desnuda y hambrienta.

—No dirán ustedes, señores —dijo Morelos a sus oficiales—, que no les busco para mañana mejor alojamiento.

Morelos, El machete de la Nación.

—Bien, bien, mi general, veremos al famoso coronel Saravia, en esa puerta de La Soledad.

—Firme el pulso mañana, señor colegial: usted va a mandar la artillería.

—No hay cuidado, señor, aquí con mi lápiz estaba mapeando el terreno.

—Bien me parece, señor Terán. ¿Y usted, señor Galeana, dónde trae el mapa?

—Ahí lo formarán, señor, los cuerpos de los “gachupines” que deje tendidos.

—Eso es pedirme la vanguardia; se la doy a usted.

—El señor Bravo el centro.

—¿Y yo me quedo mano sobre mano, mi general?

—Señor Matamoros, usted manda la retaguardia, y la reserva yo: ven ustedes que soy el menos ambicioso.

IX

Ardiente es el sueño que antecede al combate.

Al día siguiente, antes de las nueve de la mañana todo estaba listo y en poder del gobernador Bonavia una orden de puño de Morelos, intimando que se rindiese antes de dos horas.

La intimación fue despreciada, y entre los gritos de júbilo rompieron las músicas, y retumbó el cañón como el primer grito de muerte o de victoria.

La artillería obraba prodigios; el joven que la mandaba dirigía sus tiros certeros con el mejor

éxito; Morelos lo admiraba regocijado de lejos con su anteojo; dejémosle noticiar sus triunfos a los que tiene a su lado.

—Perfectamente, señor. Terán tomó la puntería: ¡qué horror! ha caído un soldado junto a él; pero ni movió el pulso... Temerario, ya hace transportar a brazo el cañón de Llano. ¡Que viva! ¡Bien!, ahora corre por toda su línea, ya no lo percibo. ¡Maldita humareda! ¡Jesús...! ¡Es cierto, véanlo, véanlo... saltó al puente, se apoderó de él! Valiente joven, tú serás la gloria de tu patria. ¿Dónde está? Oigan el repique; ha entrado a la plaza. Muchachos, ¡viva Terán!

—Asistentes, traigan aquí el almuerzo.

Esto lo decía bajo la granizada de balas del fortín de La Soledad, y en inminente riesgo; sin embargo, allí daba sus órdenes, tranquilo, allí inspiraba su serenidad y ardimiento.

Entre tanto el teniente coronel Victoria sostenía una encarnizada lucha del otro lado del foso, inmediato al juego de pelota; oía empeñado el tiroteo en las calles y plazas, envidiaba los triunfos de sus compañeros que anunciaban los repiques del Carmen, Santo Domingo y San Diego; pero sus obstinados adversarios, defendidos por el foso, le dirigían una granizada de balas y hacían replegar a sus soldados; rasgaban el aire las granadas y bombas: en el agua del extenso foso caían a plomo los cadáveres, y como fieras encerradas en una jaula, veían a sus enemigos que los burlaban con audacia.

Morelos, El machete de la Nación.

—Aquí los aguardamos—gritaron los insolentes realistas.

Entonces Victoria desnudando el acero, les dijo:

—”Va mi espada en prenda, voy por ella” —, y en seguida se arrojó al foso.

A pocos momentos proclamaba la libertad sobre la muralla enemiga.

Terán, Galeana, Lados, Matamoros y Morelos mismo, habían penetrado en la ciudad, sosteniendo en cada calle un combate, disputándose palmo a palmo un terreno sembrado de cadáveres; el estrépito de las armas, el repique a vuelo de las campanas, los gritos de vencedores y vencidos, la confusión, el tumulto, ofrecían cierto contraste con las puertas de las casas cerradas y con el aspecto lúgubre de la ciudad, que parecía esperar consternada la decisión de lucha tan sangrienta.

Nadie pudo contener los desmanes de la soldadesca victoriosa; entregóse al saqueo y al desorden: sobre el campo de muerte se entronizó la orgía... Siguiéronse las represalias y castigos... Cumpla el severo historiador con la dura ley de consignar estas manchas que afean la historia en el libro de la inmortalidad.

Una inmensa riqueza recogieron en Oaxaca los insurgentes.

Morelos respetó al clero, que lo había escarnecido: el obispo tuvo un único síntoma de talento en su vida: fugarse a la hora del peligro. Este

hombre servil había descrito a Morelos con cuernos y cola, como a los demonios de retablo. ¡Religión santa! más te han perjudicado ministros como estos, que Lutero y Voltaire.

Morelos descansó de sus fatigas organizando nuevas fuerzas, vistiendo a sus soldados, creando una maestranza que dirigía don Manuel Terán, y tratando de borrar los recuerdos de la pasada catástrofe con diversiones públicas y actos benéficos, captándose en poco tiempo la voluntad general.

X

Habían transcurrido poco más de dos años, desde que el humilde cura de Carácuaro, al frente de una fuerza reducida y bisoña, combatía por primera vez en El Veladero, con el ejército de don Francisco Paris.

Era el día 26 de marzo de 1813, cuando un ejército engrandecido y un general ídolo de su patria y mimado por la fortuna, se presentaba con sus huestes victoriosas en aquel mismo punto al que le puso por nombre con tanto donaire, “Paso a la eternidad”, cuando apenas brillaba la aurora de su espléndido ingenio militar.

Preparó con detenido cálculo el ataque de la ciudad y fuerte de Acapulco; fue tomada la primera el 12 de abril, a las oraciones de la noche.

Intímase la rendición del castillo, que estaba al mando de don Pedro Vélez, natural de la villa de

Morelos, El machete de la Nación.

Córdoba; pero este mexicano inflexible manifestó la más decidida resistencia.

La posición ventajosa que ocupaba, la abundancia de recursos que recibía por la isla de La Roqueta, distante dos leguas del fuerte, la retirada por mar, y la superioridad de sus armas, le daban si no certeza del triunfo, al menos esperanza de resistir cuanto fuese necesario para que lo auxiliasen, con buen éxito, las tropas realistas que enviase el gobierno.

Morelos, inagotable en concepciones felices, emprendió un sitio para él, de un nuevo género, hostilizando a los sitiados por mar y por tierra, sosteniendo recios y continuados combates.

El invencible Galeana, aventurándose en una débil canoa, favorecido por las sombras de la noche, tomó la isla protectora de que hemos hablado; sin embargo, el ejército español persistió en la defensa del fuerte.

La dilatación de un auxilio que afligía tanto a los sitiados como a los sitiadores, las enfermedades y el hambre que atormentaba a los insurgentes decidieron a Morelos a volar el castillo, minando el terreno; pero estando para concluir esta operación, aventuró una última tentativa de asalto, en consideración a las familias inocentes que encerraba el castillo.

“El 17 de agosto en la noche, dice el señor Morelos, determiné que el señor mariscal don Hermenegildo Galeana, con una corta división, ciñera el sitio hasta el foso, por el lado de Los Hornos, a la derecha

del castillo, y el siempre valeroso teniente coronel don Felipe González por la izquierda, venciendo éste los grandísimos obstáculos de profundos voladeros que caen al mar, rasando el pie de la muralla, y dominado del fusil y granadas que le disparaban en algún número. Superóse todo no obstante la obscuridad de la noche y la dificultad del señor mariscal, de pasar dominado del cañón y de todos sus fuegos, sin más muralla que su cuerpo, hasta encontrarse el uno con el otro, y sin más novedad que un capitán y un soldado heridos de bala de fusil.”

Tan imponente maniobra aterró al enemigo, suspendió sus fuegos y pidió parlamento, que dio por resultado la completa rendición del castillo, después de seis meses de resistencia.

Por aquellos días se hicieron palpables las diferencias entre los vocales de la Junta de Zitácuaro, Rayón, Verduzco y Liceaga, encontrándose por momentos, y perjudicando notablemente la causa de la patria.

Para terminar tan odiosas diferencias, favorecido por la reciente victoria de Acapulco, creyó el señor Morelos llegado el tiempo de la reorganización de la propia Junta, titulándola Congreso, expidiendo al efecto formal convocatoria.

Aunque algunos han juzgado con sangrienta severidad la Junta de Zitácuaro, como entorpecedora de las operaciones militares, y como ávida de la reasunción de los poderes, es innegable que contribuyó eficazmente a moralizar la revolución, que se

dedicó a discutir los principios más luminosos de libertad y de conveniencias políticas, que ramificó e hizo extensiva la revolución cuanto fue posible, y que bajo sus auspicios se dirigió la opinión pública por medio de la prensa, de la manera más eficaz y honrosa para la nación.

Antes de que se concediese en México la pasajera libertad de escribir, las brillantes plumas de Cos y de Quintana Roo, discutían nuestros derechos, legalizaban nuestras causas, profundizaban cuestiones sublimes que vindicaban nuestro nombre en Europa, y creaban simpatías por nuestra causa.

El *Ilustrador americano*, debido a la ingeniosa imaginación de Cos, propagaba doctrinas llenas de buen juicio y claridad.

Por otra parte, los sucesos de España en aquella época, la atrevida discusión de los escritores europeos sobre los derechos del pueblo, y la lectura de las quejas de los diputados a las cortes españolas, sobre la conducta de nuestros dominadores, despertaban a México de un letargo en que había durado trescientos años.

En México mismo, el Lic. Bustamante y otros, ya con las festivas alusiones de la crítica, ya en escritos llenos de dignidad, combatían al poder al frente de su solio, y en medio de peligros incalculables.

Cierto es que se ansiaba por las bases de un sistema que garantizase la existencia de la nación independiente y libre; pero esto exigía detenida meditación, porque en tiempos de revueltas suele

ser de funesta trascendencia toda exageración de principios.

La opinión de Zavala es que el señor Morelos debió haberse restringido a fijar por sí mismo ciertos principios generales, que tuviesen por objeto asegurar garantías sociales, y una promesa solemne de un gobierno republicano representativo, cuando la nación hubiese conquistado su independencia.

De todas maneras, parece inmadura la instalación de un cuerpo que realmente no podía ni aun contar con el terreno en que deliberar nada menos que sobre la Constitución mexicana.

El Congreso de Chilpancingo estuvo muy distante de ser un rebaño miserable de esclavos del poder militar; pero en cambio, si hemos de creer a Zavala, multiplicó de tal modo sus disposiciones impracticables, que hizo embarazosa la marcha de Morelos en los instantes que le era más necesaria la concentración del poder, para obrar rápido, con arreglo a las exigencias del momento. Muchas veces las imaginaciones exaltadas no calculan la distancia de las teorías a los hechos, y ya hemos visto sacrificada más de una conveniencia pública, a un elegante giro oratorio o al amor propio empeñado en una cuestión escolástica.

El Congreso mismo parece convencido íntimamente de estas verdades, pues en su reglamento, redactado por una pluma que ha sido el escudo de la patria y la gloria de nuestra literatura, más bien se establecía la divisa de poderes, como

Morelos, El machete de la Nación.

una fórmula consecuente con los principios liberales y la civilización del mismo, reservando, de hecho, el ejercicio real del poder al señor Morelos.

Después, el Congreso fue el receptáculo de quejas contra Morelos mismo, un recurso de insubordinación y un obstáculo de los planes militares.

Debo a la bondad de mi maestro y favorecedor, el señor Lic. don Andrés Quintana Roo, el siguiente documento inédito, en que se queja el señor Morelos de la conducta observada por el Congreso de Chilpancingo. Dice así:

“El reglamento bajo cuyo pie se regeneró nuestro gobierno y reinstaló el Congreso, VE. lo dictó. —Haga por su parte se cumpla, e influya todo lo posible, para que con la integridad que nos caracteriza, se vaya reformando con la solemnidad de las actas, para que el pueblo no anule lo practicado, conforme al reglamento o lo que se haga con éste. En el reglamento se queda el Congreso, de representantes, con sólo el poder legislativo, y en el día quiere ejercer los tres poderes, cosa que nunca llevará a bien a la nación. Aquel reglamento se publicó; varios ciudadanos tienen copia y saben quién fue su autor. ¿Cómo, pues, ha sido esta mutación tan repentina? No hablo más, porque a VE. le toca, y hasta ahora no me ha manifestado su arrepentimiento o nuevo descubrimiento. VE., pues, tomará a su cargo la conferencia privada y particular con los compañeros, hasta allanar estos gravísimos inconvenientes. —No estoy tan ciego que no conozca necesaria alguna reforma; pero

ésta debe hacerse con la misma formalidad por actas discutidas, en las que sea oído el generalísimo, aquél a cuyas instancias se regeneró el gobierno. Dígame VE. su sentir, para que no perdamos tiempo. —No sé cómo se asienta en el plan que quiere adaptar SM., que los pueblos no quieren vales en cobre, pues con continuación están ocurriendo a esta superioridad; y ahora que estoy escribiendo ésta, acaba de llegar un memorial acerca de eso. Dios guarde a VE. muchos años. Huacura, Mayo 18 de 1814. —JOSÉ MARÍA MORELOS. Excmo. señor vocal, Lic. don Andrés Quintana.”

Perdóneseme esta cansada digresión sobre el Congreso de Chilpancingo; y anudando el orden cronológico de los sucesos, acompañemos al general Morelos después de asegurada la fortaleza de Acapulco, y dejar instalado el Congreso, en medio del regocijo general, el 13 de septiembre de 1813.

XI

Dirigióse Morelos a Valladolid con su división, victorioso; y aquí comienza la serie de sus desgracias, porque hay hombres que siguen la idea de los astros; llegan al zenit, hermosos y radiantes, y no vuelven a adquirir su brillo sino pocos momentos antes de desaparecer a nuestros ojos.

El general vencedor en cien combates yace ahora sombrío y silencioso en una estancia de la hacienda de Puruarán; ha visto desaparecer a sus ojos lo más

Morelos, El machete de la Nación.

florido de su ejército: a los que daba el título de compañeros y de amigos los ve en poder del bárbaro enemigo victoreando aún su nombre, y oye la mano de la guadaña de la fortuna inconstante, cavar el sepulcro de sus ilustres generales; pero nunca fue más grande Morelos que visto a la luz lívida de la adversidad.

Fue la batalla de Puruarán sangrienta, y mi pluma se resiste a describirla: el brillo del acero realista desapareció bajo la sangre americana: en lo más recio del choque vio Morelos caer de su caballo al general Matamoros, y cargó frenético para salvarlo; pero lo alejaron, y entonces una lágrima aislada surcó la mejilla, tostada por el sol de las victorias.

La conducta de Morelos se comentó desfavorablemente, porque la adversidad no tiene más amigo que Dios.

Morelos descollaba en medio de su desgracia, como el cedro robusto que se salvó del incendio de la selva. El 5 de febrero de 1814, con voz sosegada y entera, de entre las ruinas de su ejército y su gloria, dirigía al señor Quintana Roo la notable comunicación que original se ha servido franquearme, y a la letra dice:

“Excemo. señor: —Es preciso llevar con paciencia las adversidades. Acompaño a VÉ. copia del oficio orden que despacho al coronel don Víctor Bravo, para que mitigue en parte los cuidados, no porque yo sea capaz de quitarlos. Consultando a la mayor seguridad y economía, perderé mañana domingo en preparar los mejores lugares de Tepantitlán, para

cuño y maestranza, pues no podemos estar ocho días sin estas oficinas; pero el lunes *deo dante* seguiré a alcanzar el ejército, y a que nos veamos *quam primum*.”

“El religioso, el mal religioso despachado por Calleja, merece acabar sus días en una bartolina, privado absolutamente de la comunicación, aun de los pájaros. Yo encargo a VE. esta privación, para que no engañe a los simples. La premura del tiempo no me permite extenderme a más; y si no fuera arrogancia, añadiría que aún ha quedado un pedazo de Morelos y Dios eterno. —Dios guarde a VE. muchos años. Tapa, febrero 9 de 1814. —JOSÉ MARÍA MORELOS.

—Excemo. señor Lic. don Andrés Quintana Roo.”

En tropel acosaron las desgracias al ejército insurgente, y de abismo en abismo se iba precipitando a su exterminio. Hubo día en que, perdida toda esperanza, aquel general Galeana, que por sus altos hechos mereció el renombre de invencible, desposándose de sus vestidos militares en presencia de Morelos, le dijese, con voz enronquecida por el llanto:

—General, es forzoso que nos separemos.

—¡Cómo! ¿Podría usted abandonarme en la adversidad, amigo mío?

—Señor, a usted lo defiende su saber y su nombre; yo voy a mi pobre casa a ocultar mi vergüenza de no haber muerto en el campo con mis compañeros: vuelvo casi desnudo, y sin más auxilio que el de Dios.

Morelos, El machete de la Nación.

Yo no sé ni escribir una letra; pero labraré la tierra con mis manos, y ella me sustentará.

—Cuando me llamaba la victoria, compañeros, pude vacilar en seguirla; ahora que me espera la muerte no dudo, es fuerza ir a su encuentro.

—Eso no, mi general: sígame, yo lo obedeceré, lo defenderé, y comeremos un propio pan, hablando de nuestras campañas y de las desgracias de la nación.

—Vea usted, Galeana, aún tengo esperanzas. Debemos continuar nuestros trabajos: si estos fueren inútiles, usted me admitirá en sus tierras, las labraré para ganar el sustento.

Interrumpamos este diálogo, que sucesos más graves deben ocupar mi pluma.

XII

Es el 5 de noviembre de 1815; a alguna distancia del pueblo de Texmalaca, se percibe un ejército custodio del Congreso de Chilpancingo.

Sus ilustres miembros tocan el término de una dura peregrinación, en medio de los sobresaltos de la guerra, cambiando de lugar constantemente, por la obstinada persecución de Negrete; impertérritos y unidos en su desgracia, acababan de publicar una Constitución, en que a pesar del juicio acre de Zavala, se consignaban nuestros más preciosos derechos, proclamando la soberanía del pueblo.

Al frente de este ejército marcha un hombre, a quien todos iban sometidos, que les prodigaba pa-

ternales cuidados, y empleaba por ellos su vigilancia personal.

Los archivos, el parque, las mujeres y niños, ocupaban los carros y se dirigían a Tehuacán.

Brillaba el sol con apacible claridad, ondeando sus reflejos en las armas, serían las diez de la mañana; adelantóse el señor Morelos por las lomas a reconocer Texmalaca, cuando en una barranca lo atacaron los enemigos: empeños de la acción con su reducida tropa; los fuegos lo bañaban por todos lados en tan desventajosa posición.

—¡Avancen!, ¡avancen!, “cazadores” —repetía tomando la delantera, y entre una lluvia de balas; pero unos después de otros caían, al tocar un punto dominado por los fuegos enemigos.

—Lobato, evite usted la fuga de esa tropa.

Entonces ese jefe comprendió mal el movimiento, y abandonando uno de los flancos se introdujo la más horrible confusión.

—¿A qué correr? decía Morelos: aquí tenemos un sepulcro al natural.

La tropa se reanimó, el esforzado don Nicolás Bravo estaba al lado de Morelos.

—¡Viva la América! y cargaron con mayor brío; pero el sitio era tan escabroso y profundo, que aparecían a centenares los insurgentes, sin oír ni su clamor de muerte fuera de la barranca.

—Señor Bravo, retírese usted, vaya a escoltar el Congreso, que aunque yo perezca, importa poco.

Morelos, El machete de la Nación.

A pocos momentos de la retirada de Bravo, quedó Morelos con un solo criado, pero aún se defendía con denuedo. Cayó su caballo acribillado de balas, tomó otro de un dragón, diciendo:

—Pronto se cansó este caballo, y anduvo bien poco.

—¡Alto, cobardes! Moriré combatiendo con el más valiente.

Cesaron los fuegos enemigos. Morelos quiso desembarazarse de las espuelas, echó pie a tierra para pasar por la aspereza. En ese momento lo cercaron los realistas, al mando de Carranco, cobarde desertor de los americanos.

—No lo esperaba de usted, amigo; parece que nos conocemos —y le regaló uno de sus relojes por premio de su acción.

El repique, los cohetes y las dianas publicaron esta prisión, más importante para los españoles, que cien victorias.

XIII

Cargado de grillos, entre los ultrajes de una soldadesca brutal, y en medio del insultante regocijo de un populacho estúpido, atravesó las poblaciones desde Texmalaca a México, donde el gobierno español, aterrado con su presa inerme, multiplicó sus medidas de seguridad.

El 27 de noviembre, el Santo Tribunal de la Inquisición juzgó al señor Morelos, y le hizo veintitrés cargos.

El señor Morelos respondió con dulzura, defendiendo la justicia de su causa, vindicando el nombre insurgente, y desvaneciendo los cargos de herejía que se le hicieron.

Los inquisidores dictaron su sentencia, y en ella lo condenaban a la pena de deposición, “a que asistiera a su auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y vela verde”.

En consecuencia de haber aprobado la causa una junta de teólogos, procedióse a la degradación.

Allí en un banquillo, frente a sus jueces, revestido de los sagrados paramentos, con la hiel que derramó el hombre en la solemnidad de estos actos, y con un anatema que forma la tortura de las almas religiosas, fuéronlo despojando uno a uno de los ornamentos sagrados, hasta ser llevado al verdugo a raer sus manos; momento tremendo en que se oyó un gemido ahogado al señor Morelos, y se vieron salir de sus ojos dos lágrimas que sin enjugarse rodaron a su vestido.

Así el Santo Tribunal lo entregó a la justicia civil, que consumó la obra.

Una noche, en su calabozo, cuando más atormentado se hallaba por sus penosas circunstancias, sonó la puerta, y no volvió el semblante, porque era frecuente que lo fueran a insultar en su desgracia algunos españoles que con tal objeto cohechaban al carcelero.

Pero cuál fue su sorpresa cuando se oyó nombrar con la mayor dulzura:

Morelos, El machete de la Nación.

—Señor, vengo a pedir a usted un favor.

—¿Cuál es?

—Muy grande, señor. Aquí tiene usted las alhajas de mi mujer; ésta es la cajita de mis pobres ahorros, señor.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—El carcelero duerme el sueño de la embriaguez, usted no tiene grillos, en las puertas no hay centinelas... Sálvese usted, señor, que su ida es el tesoro de mi patria.

Sin poder casi articular palabra, Morelos, por el llanto del reconocimiento, dijo a su libertador:

—Amigo mío, es muy fácil cosa averiguar que usted me ha sacado, pues usted entra y sale por razón de su destino en estas cárceles; usted tiene familia, y de consiguiente, dentro de poco es perdido con ella.

El cirujano oía, con los ojos rasados de lágrimas, y en medio del mayor desconsuelo Morelos continuó:

—No permita Dios que yo le cause el menor daño; déjeme morir, y en mí terminará todo.

La resolución de Morelos fue inflexible, contentóse con que el cirujano le dijese su nombre.

Éste, con un enojo mezclado de ternura, le dijo abrazándolo:

—Francisco Montes de Oca.

Fue trasladado en medio de la noche el señor Morelos a la Ciudadela, donde permaneció con la seguridad correspondiente, mientras le formaba la causa el señor Bataller, con un sigilo extraordinario.

México estaba en un estado de consternación difícil de pintarse: en los templos se decían misas por el alivio de su suerte, y todos corrían en tropel a conocer al caudillo mexicano; desde las puertas y ventanas, los padres alzaban a sus hijos en brazos, para que lo viesan; las mujeres no podían reprimir sus lágrimas, y la juventud generosa no se cansaba de admirarlo.

Ni un signo de temor, ni una mirada de abatimiento, ni un solo movimiento de impaciencia; sin hacer alarde de un quijotismo pedante, máscara muchas veces de almas apocadas, conversaba afable con los oficiales que lo custodiaban, captándose su voluntad.

XIV

El día 23 de diciembre de 1815 lo sacaron de su prisión, habiendo tomado sus precauciones sobre la salida de las tropas; tan pública así era la ansiedad general por la existencia de Morelos.

A poco más de una legua de México, en medio de llanuras áridas, y ocultándose entre montones de tierra en que están las salinas, hay un pueblecito de indios que se llama San Cristóbal Ecatepec; a él llegó el señor Morelos, y a poco se sirvió la comida que se tenía preparada de antemano.

Los asistentes a la mesa estaban pálidos y desconcertados; más de un oficial mezclaba a su alimento sus lágrimas.

Morelos, El machete de la Nación.

El señor Morelos hablaba de cosas indiferentes.

—Señor Concha, sabe usted que esta iglesia no es tan ruin como yo creía. Vamos, coma usted, que el camino abre el apetito.

—Señor, efectivamente, la iglesia es bonita.

—Sólo el terreno sí es demasiado árido; ya se ve, donde yo nací fue en el jardín de la república.

—Me han dicho que es usted de un pueblecito inmediato a Valladolid.

—No, señor, nací en la ciudad, pero como desde niño tuve una vida errante, pocas veces he permanecido en Valladolid.

Acabáronse de servir los manjares; algunos dejaron la mesa con precipitación, y unos a otros se veían en un silencio, que tenía no sé qué de pavoroso e imponente.

Paseábase Concha precipitado, llegaba hasta cerca de Morelos, y se retiraba arrepentido. Por fin, con una voz insegura le dijo:

—¿Sabe usted a qué ha venido aquí?

—No a punto fijo, pero lo presumo... a morir.

Los oficiales se estremecieron y quedaron pálidos.

—Tómese usted el tiempo que necesite.

—Compañeros, antes fumaremos un puro, porque ésta es mi costumbre.

Fumólo despacio, siguió hablando con calma y dulzura tal, que los oficiales no se atrevían a levantar los ojos, enjugándolos al descuido.

Encerróse después con el vicario, y como católico, levantó el alma con fervor al dios de las misericordias.

En este momento se oyó el redoble.

—Hola —dijo Morelos—, a formar... No mortifiquemos más.

—Vamos, señor Concha, venga un abrazo.

—¡Señor general!

—Nada de afligirse, será el último.

Metió después los brazos en su turca:

—¡Bah! ¡ésta será mi mortaja! aquí no hay otra.

Sacó en seguida su reloj: empuñó con solemnidad una cruz, y marchó.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó al que le iba a vendar los ojos. —No hay aquí objetos que me distraigan.

Los soldados tenían pintado el dolor y la consternación en los semblantes, guardaban un silencio sepulcral.

Insistieron en que se vendase los ojos, lo ejecutó por sí mismo, preguntó con voz enérgica por el lugar... Dijéronle: “Adelante”.

—Fuego.

Tronó la descarga, y con horribles convulsiones se quiso levantar. Entonces dispararon una segunda; azótase el cuerpo, trémulo, en un lago de sangre; después lanzó un gemido penetrante y horrible, y quedó inmóvil.



Vicente Riva Palacio (1832-1896)

Escritor y político mexicano que participó activamente en la guerra de Reforma y la intervención francesa. Fue gobernador de los estados de México y Michoacán, y magistrado de la Suprema Corte de Justicia.

Desde los diarios *El Ahuizote* y *El Radical* combatió la administración del presidente Sebastián Lerdo de Tejada. Participó también como redactor y editorialista en *La Orquesta*. Escribió novelas históricas inspiradas en el periodo colonial, basadas directamente en los archivos nacionales, a los que tenía acceso.

Entre sus obras están *Calvario y Tabor; Monja y casada, virgen y mártir; Martín Garatuza; Las dos emparedadas; Los piratas del Golfo; La vuelta de los muertos; El libro rojo; 1520-1867; Las lirás hermanas; Memorias de un impostor: don Guillén de Lampart, rey de México; Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada; Flores del alma, poemas por Rosa Espino (seudónimo); Los cerros; México a través de los siglos; Páginas en verso ; Mis versos; Cuentos del general; Un secreto que mata; y Tradiciones y leyendas mexicanas.*



Ezequiel A. Chávez (1868-1946)

Abogado, educador y filósofo. Fungió como gobernador del estado de Aguascalientes. Promovió la creación de los cursos de psicología y la introducción de esta disciplina en México. Junto con Justo Sierra logró que se creara la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, que en aquella época formaba parte de la Secretaría de Justicia. Fue rector de la Universidad Nacional en dos ocasiones, fundador y director de la Escuela Nacional Preparatoria. Dirigió también la Facultad de Altos Estudios. Perteneció a varias instituciones científicas y participó en la fundación del Colegio Nacional. Su obra abarca las áreas de filosofía, psicología y educación.

Eduardo E. Zárate (Puebla)

Abogado, autor del libro *¿Quién era Morelos?* Magistrado en el Tribunal de Justicia del Distrito Federal. Muere en 1931.



Guillermo Prieto (1818-1897)

Escritor y político mexicano, novelista, cuentista, poeta, cronista, periodista, crítico teatral y ensayista. Ocupó diversos cargos gubernamentales, como de ministro de relaciones exteriores y de hacienda. Fundó, con Andrés Quintana Roo, la Academia de Letrán.

Escribió sobre tres periodos históricos trascendentales del siglo XIX: la independencia, la guerra contra Texas y el imperio de Maximiliano.

Durante la rebelión de los *polkos*, en 1847, combatió del lado de los conservadores, sin embargo después se unió a los liberales. Debido a su apoyo a Juárez y a las críticas realizadas a la dictadura de Santa Anna fue perseguido y exiliado.

Escribió en *Los San Lunes de Fidel*, *El Monitor Republicano*, y *Don Simplicio* (diario satírico que fundó con Ignacio Ramírez). Participó en el Plan de Ayutla. Ignacio Manuel Altamirano lo nombró “el poeta de la patria”.

Entre sus obras están *Memorias de mis tiempos*, *El alférez*, *Alonso de Ávila* y *El susto de Pinganillas*.